

Delivery: Geografía relatada de Buenos Aires por un viajero de los tiempos nuevos

Aché Aché Daniel

1ª Edición: febrero, 2019.

®Delivery: Geografía relatada de Buenos Aires por un viajero de los tiempos nuevos.

Email: acheachedb@gmail.com

 : Aché Aché Daniel Benjamin

 : @ache_daniel

Caracas; Katanga Bolivarian Petroleum & Bananera Republic.

®Copyright 2019. Permitida su más amplia divulgación a todos sus contactos y más allá. Prohibido separar el nombre del autor del texto en cualquier idioma: Desde el afgano hasta el zulú. O suplantar el nombre del autor por otro.

*Los argentinos están entre vosotros, pero no son como vosotros.
No intentéis conocerlos, porque su alma vive en el mundo impenetrable de la dualidad.*

Julián Marías

¡Coño por fin llegué!

La cronointerferencia de color activo, casi un trabalenguas, identifica la obra de arte inmanente al aeropuerto internacional de Maiquetía, principal aeropuerto de Venezuela; o mejor dicho, Katanga Bolivarian Petroleum & Bananera Republic, como la he rebautizado, desde que se ha encaramado esa cruel tiranía que abate su territorio. En la leyenda de esta monumental estructura artística se lee:

En esta superficie no ocurre nada real (todo es virtual), no hay acciones, ni anécdotas, ni personajes. Solo existe la pura contemplación y los halos de color que varían según el movimiento y posición de los transeúntes. Todo es producto de la experiencia y del estímulo cromático. Tampoco hay mecanismos que produzcan vibraciones o que agiten el pavimento, provocando rotaciones o movimientos de alguna naturaleza. El color danza en el suelo estático y firme.

Sinceramente esta leyenda hay que reescribirla. ¿Cómo que no ocurre nada? Ver a siete personas, incluyendo a un niño como de cinco años llorando desconsoladamente, e incluso, ver gente gritando: ¿Por qué Dios mío, por qué? No es fácil, no es nada fácil. Parece el escenario de una funeraria en un velorio de familia pobre, como dice el filósofo Cheo Feliciano. O distinguir a un grupo de jóvenes más allá, con una algarabía vociferar: *¡Por culpa de este maldito gobierno!* Y emitir, seguidamente, un sonoro, sordo, resonador y melódico: *¡Maduro coño de tu madre!* Esta expresión dejó de representar una grosería en

Venezuela. Es un grito subversivo, como el grito de Dolores, inicio de la independencia de México. Todo ello y otras escenas que no alcanzo a vislumbrar sobre la cronointerferencia. Entonces, me vuelvo a preguntar, ¿cómo que no ocurre nada real? ¿Que no hay acciones, ni anécdotas, ni personajes? Maiquetía se ha convertido en un lugar conmovedor. Es el sitio de las despedidas de la emigración forzada, de la huída del país. Buena parte de la población procura en la Venezuela de hoy huir de esta brutalidad y decadencia siniestras. La emigración forzada se expande como mancha de aceite por el mapa mundi. Más de cuatro millones de venezolanos se han evaporado del territorio nacional. Yo mismo, estoy en este santo lugar, porque un pariente me ha trasladado a esta terminal. Voy a Buenos Aires (BAyres), Argentina. Mi esposa, tres de los cuatro hijos y tres nietos están en esa tierra austral. Otro en España. Además, parientes, compadres y amigos también han decidido huir.

La larga fila, casi inabarcable no se mueve para nada. Dejo las maletas al cuidado de los que están detrás de mí en la fila para ver qué ocurre. –Es la Guardia Nacional Bolivariana (la guardia pretoriana del tirano Maduro)–, alcanzo a decirles a los cosufrientes de esta desgracia, de esta enorme fila. –Revisan o mejor dicho, requisan las maletas de los pasajeros cual si fueran peligrosos delincuentes–, les agrego. Comienzan los gritos. –No sean inhumanos, crueles, atroces–, suena el vocerío como si fuera la coral de Nazil Báez Finol con su Agrupación Polifonía. Pero funciona como todo lo contrario. La saña y rencor aumentan contra los que abandonan esta barbarie llamada Venezuela, o mejor, como ya he dejado dicho, Katanga Bolivarian Petroleum & Bananera Republic. Pero todos en la fila como si estuviéramos en modo automático comprendimos que *calladitos nos vemos mejor* (venezolanismo por *quedarse tranquilo*). Dejamos la quejadera. Más de dos horas y media después llego a la estafeta de la aerolínea Avior.

Comprueban los funcionarios de la aerolínea que todo está en regla, cédula, pasaje con destino a Barcelona, estado Anzoátegui; con conexión a Manaus, Brasil. Me dirijo presuroso a inmigración, ya estoy retrasado más de una hora. Otra larga fila para comprobar si quien porta el pasaje, cédula o pasaporte no tiene antecedentes penales, ni deudas pendientes con la tiranía. Pareciera que para los funcionarios de esta suerte de ex-país, como dice un famoso profesor de la Ucv, el tiempo no existe. Por fin, termina la minuciosa inspección documental y me dirijo a la zona de embarque. Gate 28, es la puerta de control de la aerolínea para el abordaje, leo en el ticket. De nuevo una requisa a las maletas de mano y bolsos. Una vez instalados todos los pasajeros en el avión, el piloto anuncia por la megafonía de la aeronave: –El vuelo lleva un retraso considerable ajeno a la aerolínea, pueden estar comprometidas las conexiones en Manaus, Amazonas, Brasil–.

Mi Buenos Aires querido

Llego al aeropuerto internacional de Ezeiza, provincia de BAyres, a las doce horas, con siete horas de retraso. Ya mi esposa no está en la terminal aérea, la revisé de cabo a rabo. Con pocos Us\$ no me atrevo siquiera tomarme un café para espabilarme, quitarme la modorra de seis horas de vuelo en clase turística, en pobreza pues. Cambio diez Us\$ para tomar algún autobús a la ciudad. –BAyres es una urbe cosmopolita–, me digo. Salgo a caminar fuera del aeropuerto, a buscar un bendito autobús que me traslade al centro. Me informa un cristiano que el bus N° 8 es el que llega al centro de la ciudad. Media hora después tomo el bus, le indico al chófer que voy al centro, entre calle Pichincha y avenida Rivadavia. Amablemente me dice que me informará, que no me preocupe. Éste, mi primer contacto cercano con un

argentino, choca con mi imaginario geográfico sobre los argentinos en Caracas. Allí se dice que los argentinos son pedantes, presumidos, vanidosos. La inmigración argentina en Caracas, a raíz de la dictadura de la junta militar para la reorganización nacional, de 1976 a 1983, fue caudalosa. Es posible escuchar en Caracas, no conozco ningún argentino buena gente. Ahora, conociendo la dialéctica de las tiranías me lo explico. Me digo en voz alta, ¡ah! Si los inmigrantes argentinos eran comunistas, anarquistas, troskystas y peronista-montoneros en su mayoría, aventados por la dictadura, se explica lo de pedantes, presumidos y vanidosos. Sin embargo, el chófer del bus desdice ese aforismo caraqueño. Se me viene a la memoria ese famoso tango, letra de Alfredo Lepera, immortalizado por Carlos Gardel: *Mi Buenos Aires Querido*.

BAyres, una inmensa planicie inabarcable domina su geografía física

El viaje en el bus me permite afinar mi sentido geográfico. Comienzo a escrutar el paisaje. Mi primera conclusión, BAyres está emplazada sobre una inmensa planicie inabarcable, contrasta con mi arsenal de percepción geográfica traído desde Caracas, un valle longitudinal, donde la sierra llamada cerro el Ávila, parte integrante de la serranía del Litoral Central de la cordillera de la Costa es una especie de faro que te indica indubitablemente el norte geográfico. Con las vueltas y vueltas del bus, pierdo inmediatamente la orientación, ya no sé si voy al norte, este, sur u oeste, no sé para donde coño voy. Que geografía tan agradable es la de Caracas, siempre estás orientado. Por textos geográficos leídos en la cátedra de Geografía Física de la Universidad Central de Venezuela (Ucv), intuyo que la llanura predominante que está frente a mis ojos es

parte de una enorme explanada conocida con el nombre geográfico de La Pampa. Este viaje en bus lleva más de dos horas. Comienzo a preocuparme, pienso en voz alta, –será que el chófer se olvidó de mí– El bus ya está a reventar de la cantidad de pasajeros de pie, arremolinados en la cabina, decido traspasar el inmenso gentío para preguntarle de nuevo. Para un habitante de Caracas, atravesar semejante muchedumbre aglomerada es nada, acostumbrado a transitar por el gentío amontonado, prácticamente adheridos unos con otros en el metro de Caracas, casi el único modo de transporte público con la tiranía. Llego hasta donde el chófer. Le pregunto, – la cuadra de la calle Pichincha con avenida Rivadavia está lejos–. Me responde –no más (muletilla idiomática argentina) a tres cuadras–. Bajo del bus en la esquina que hace la calle Pichincha con la calle Yrigoyen, con dos maletas, una de bodega y otra de mano, y un bolso guindado en el hombro. Semejante cargamento no me permite avanzar sino centímetro a centímetro. Pregunto a un transeúnte luego de una marcha de una hora, –si Pichincha 747 está lejos–. Me responde, –no; no más a siete cuadras–. –¡Coño! Siete cuadras con semejante cargamento, queda hacia el fin del mundo!–, me digo para mí mismo en voz alta. Me acuerdo de un refrán que repetía en forma de cancioncilla mi padre en situaciones similares, –*por aquí se va para Roma, cojas el camino que cojas, preguntando se llega a Roma*–. Dos horas después, –como de Ezeiza al centro de BAYres, a las 13:17 hrs, para ponerle exactitud al asunto, estoy frente a un edificio identificado con el N° 747–, reflexiono. –Menos mal que BAYres no es como Caracas, desordenada, porque semejante travesía con ese cargamento allá sería imposible–, recapacito. La malla urbana con sus cuadras identificadas con numeración es muchísimo más amigable que la identificada con nombres, como es la de Caracas. Uno secuencialmente se va percatando que va llegando a destino. En el caso mío, la numeración descendente

me indica aproximación a destino. Pulso el N° 5-2 del intercomunicador, oigo una voz conocida, la de mi hija, me hace sentir como en el cielo.

Hogar dulce hogar de BAYres

Ya instalado en casa me lanzo sobre un mueble, no aguanto más el cansancio de más de dos horas caminando con semejante cargamento. Luego comprobaré que ese trayecto es de diez minutos. Los saludos, los besitos, vienen a renglón seguido. No me preguntan como estoy, qué tal el viaje. No. Inmediatamente, me preguntan, *¿cómo dejé a Venezuela?* Leonardo Padrón afirma, *–cada vez que hablo con un venezolano en Miami me doy cuenta que tiene el país atragantado en la garganta–*. Y eso es bien cierto, lo he comprobado con mi propia familia. No están preocupados por mí, están preocupados por Venezuela. Una vez recuperadas las fuerzas, comenzamos hablar de lo que traje y no traje. Pregunta mi hija en modo automático, *–¿y las harinas Pan y Cachapa, el papelón, casabe, café, chocolates Carré, Toronto y Cocosette? ¿Margarina Mavesa, queso blanco, diablitos, bocadillos de guayaba y Pirulín?–* Y mi esposa indaga, *–¿y el cartón de cigarrillos Belmont?–* Quien visita a su familia en la diáspora venezolana, tiene que introducir en alguna maleta elementos de la geografía gastronómica y del tabaco nativas; de lo contrario, será mal recibido. Una vez cumplida la tarea de enseñar lo traído, mi hija, que ya comienza a transmutarse en mi hija-patrón me dice: *–Aquí viniste a trabajar, mañana te explico lo del delivery; toma este mapa de la ciudad de BAYres para que te vayas familiarizando con su geografía, como tú mismo dices–*. En la noche, hasta las 23:37 hrs estuve estudiando el mapa en papel de BAYres, e igualmente con los programas informáticos para App Google Maps y *Cómo Llego*, para cumplir la tarea que me impuso mi hija-patrón.

Entender la dialéctica y lógica socioespacial de BAYres es mi tarea urgente para comenzar con el trabajo que me está esperando, hacer el delivery del sanguchón® (copyright en BAYres: Pan campesino relleno con menjunjes como mayonesa artesanal, queso amarillo, jamón, salchichón y/o huevo, o a pedido del cliente). No es fácil, no es nada fácil.

Al día siguiente, mi hija-patrón me indica que vaya a comprar pan para que me familiarice con la geografía de BAYres. A los pocos metros de camino piso excretas de perro, me digo para mi, –será buena suerte–. Que equivocado estaba, entenderé luego. No pisar caca de perro en BAYres no es cuestión de suerte, es cuestión harto difícil, es un acto heroico. Excretas de perro en las aceras es parte del entorno en la geografía humana de BAYres.

El plan de trabajo de campo sobre la geografía humana porteña

El hogar de mi hija, con su esposo, su hijo, mi esposa y el hijo menor nuestro, también es un emprendimiento. Se fabrica pan y se le rellena con condumios. Forman el centro del emprendimiento que adelanta mi familia en BAYres. La división social del trabajo está bien definida. Mi hijo menor es el panadero, mi hija-patrón rellena el sanguchón y los envasa en papel Envoplast, dirige y administra el negocio; y yo, realizo el delivery. Ya se tiene una cartera de clientes bastante extensa.

Esa noche prácticamente no dormí. Entre el plan de trabajo, la revisión de los mapa en papel y digital, el escrutinio del programa *Cómo llego*; junto al ven para acá y has esto, has estotro y aquello de mi hija-patrón y de mi esposa, no tuve respiro alguno. El orden geográfico, la dialéctica y lógica socioespacial que decidí utilizar es comenzar por el noreste-

centro y seguir la secuencia de las agujas del reloj: Suroeste, sureste y noroeste. Y la otra dialéctica y lógica socioespacial que se sigue es atender los clientes más cercanos en primer lugar, para luego encargarse de los más lejanos al sitio de trabajo (Pichincha 747), en la medida de lo posible. Mi hija-patrón aprueba el plan de trabajo. Un pensamiento fugaz y peregrino me asalta, y me hace cavilar, se me despliega como una visión, la película de los hermanos Taviani, *Padre Padrone*: El hijo como objeto de trabajo, posesión del padre y relación hijo-esclavo. –Es una exageración–, recapacito. Es solo una película espectacular. –Pero eso no corre conmigo–, agregó en voz alta.

Me levanto muy temprano en la mañana. Me dispongo a revisar la ciudad. Envuelto en los ruidos de los lugares. Engastado en los paisajes, mascullando ideas sobre el delivery y la geografía porteña, analizándola, realizo mi primera síntesis geográfica de BAyres. La síntesis geográfica, es la visión de conjunto e interdependencia, combinación o una convergencia de elementos o de factores geográficos de orden diverso, reunidos en una sola idea, como diría Vilà Valentí.

Ya en la tarde-noche, el pan está en el horno; el vaho del pan fresco llena la atmosfera del hogar, es un olor celestial. Me asalta un pensamiento con la poesía de César Vallejo *El pan nuestro*:

*...Y en esta hora fría, en que la tierra
trasciende a polvo humano y es tan triste,
quisiera yo tocar todas las puertas,
y suplicar a no sé quién, perdón,
y hacerle pedacitos de pan fresco
aquí, en el horno de mi corazón...!*

Mi hija-patrón le da las instrucciones a su hermano-peón: –Tienes que imprimirle más rapidez, el emprendimiento requiere velocidad, estás como agûevoneao (venezolanismo por atontado, mentecato)–. Quiero interceder, pero me reprimo viéndole la frente ceñuda a mi hija-patrón.

A medida que van saliendo los panes, mi hija-patrón los va rellorando con los condumios estandarizados del emprendimiento y otros menjunjes para los pedidos especiales. Ya a las siete menos trece minutos, como en modo de gentleman inglés, tal cual como todos los días, se inicia el proceso de envasado. Mi hija-patrón revisa el plan de trabajo de campo que elaboré. No tanto para ver su dialéctica y lógica socioespacial, no; sino para constatar si está bien, especialmente para ver si consigue algún error, al cual aferrarse, para alimentar su histerismo; verificar dónde me equivoco, y de esta manera, darle rienda suelta a su perorata-regaño. –Haber, son cuarentaicinco pedidos semanales de sanguchón (incluido un pan de jamón, pan típico de la navidad venezolana, para saciar un antojo de una cliente embarazada), arepas y cachapas como entregas especiales, y, cinco ventas ambulantes–, afirma con rotundidad. –Veo que empiezas por el nor-este y centro–, espeta. –¡ujuuu! Muy bien–, dice con expresión muy seria. Continúa, –prosigues por el sureste, suroeste, para terminar con el noroeste–; y a continuación lee la retahíla de lugares.

Mi hija-patrón me ha puesto delivery en los cuatro puntos cardinales, en toda orientación, incluyendo provincia. Pues ni modo, laburo es laburo, como dicen en Argentina. Laburo es modismo argentino por la palabra española trabajo. *Es que los argentinos son italianos que hablan español*, ha dicho el filósofo Julio Marías. Comenta mi hija-patrón, – estos delivery son facilitos, son una *papaya* (venezolanismo por no requiere mucho trabajo), como lo ves *ut supra* (a mi hija-patrón le encantan los latinazos)–.

La geografía urbana del noreste bonaerense

Salgo a caminar
por la cintura cósmica del sur.

Piso en la región
más vegetal del tiempo de la luz.
Siento al caminar
toda la piel de América en mi piel...

Con esta hermosa canción inmortalizada por Mercedes Sosa emerjo a la superficie de BAyres dispuesto a soñar, con la mochila térmica en la espalda con su cargamento de sabor. Viene del río una brisa fuerte y muy fría, matiza el clima templado húmedo tipo pampeano, según la clasificación climática de Koeppen, atino a recordar las lecciones de geografía física, en la Escuela de Geografía de la Ucv. Inicio el delivery, en este, mi primer día. *Padre nuestro que estás en el Cielo santificado sea Tu Nombre...* Recito de memoria la oración que nos ordenó Nuestro Señor Jesucristo. Empiezo con calle Pichincha 456 (Balvanera), cerca del hogar; me atiende el dueño de un bazar, muy amable y simpático, reconfirmo con él, lo equivocado del imaginario geográfico que se extendió en Caracas sobre los argentinos porteños inmigrantes en Venezuela. Abandono una amena conversación sobre la ventaja de la geografía suburbana para vivir y la desventaja de vivir en el centro de Caba Hasta lo que permite mi corta experiencia en BAyres es todo lo contrario, yo preferiría vivir en el centro. Termino con éxito mi primera entrega. –creo que es buen presagio de la victoria que me espera, con el favor de Nuestro Señor Jesucristo–, remato mi pensamiento en voz alta.

Casi al lado prosigo el delivery en avenida Belgrano 2.486, 2.689 y 2.813. Esta arteria vial, es una aglomeración de negocios de mueblería. Mantengo el caminar voy hacia calle Pasteur 234; veo otra aglomeración de negocios, esta vez de bisutería. Mi próxima entrega es cerca, calle Lavalle 2.367. Igualmente, es una aglomeración de tiendas de telas. Me digo en voz alta, –Si Paul Krugman en vez de estudiar la geografía económica del cinturón industrial de Usa, se hubiese dedicado a estudiar

la geografía económica de BAyres, habría llegado más rápido a sus conclusiones sobre la economía de aglomeración—. Tal vez sí, quizás no—, me digo. La aglomeración productiva es inmanente a ésta gígalópolis. Esta sentencia queda reflejada en la aglomeración de comercios de la Belgrano, Lavalle y Pasteur referidas; así como de joyas y alhajas en la calle Libertad. O locales de comida china en el barrio Belgrano, teatros en la avenida Corrientes, hoteles cuatro estrellas en la avenida 9 de julio, aglomeración de empresas de diseños en barrio barracas e, industrias en barrio San Martín, entre otras economías de aglomeración en BAyres.

Dirigiéndome hacia la próxima entrega, diviso por las aceras muchas personas vestidas de negro con sombreros de ala ancha de igual color. La vestimenta típica de los judíos ortodoxos. Eso es en Corrientes 2.341, a pocas cuadras de la Asociación Mutual Israelita Argentina (Amia), — famosa por el ataque terrorista perpetrado por Hezbollah en 1994 (patrocinado por el gobierno revolucionario de Irán), indicador incuestionable de Argentina como parte de la dialéctica y lógica socioespacial global—, me digo, y efectúo la entrega.

—Mi hija-patrón fue indulgente, todos los delivery más o menos cerca de casa en Balvanera. Pudiéramos decir, que gracias a Dios solo es en Caba, acrónimo por Ciudad Autónoma de Buenos Aires—, comento en voz alta.

Me dirijo presuroso por la calle (Montserrat). Camino siete cuadras. La calle Combate de Los Ríos, perdón de los Pozos, esta confusión cósmica me acompañará durante toda mi estadía en BAyres. Atravieso la avenida Entre Ríos, al traspasar *apenitas* (argentinismo) la calle Presidente Luis Sáenz Peña me percato que estoy en orientación este-oeste; llego a destino, Chile 2.282. Pulso el intercomunicador en el hotel Montserrrat, por birlibirloque le pusieron Monserrat, será que no tiene nada que ver con el geotopónimo de Barcelona, España; o es un

simple error ortográfico; tengo preferencia por esta segunda sentencia. Me atiende el encargado y dice que llamará a la persona. Una mujer que tiene toda la apariencia de practicar el oficio más viejo del mundo; una vez recibido el dinero, la mujer cierra la puerta del hotel. Enseguida me atropella en forma de pensamiento un pasaje de la novela *Frontera sur* de Horacio Vásquez Rial: *Las meigas (brujas maléficas) en sus aquelarres y putas francesas, italianas, gallegas y judías polacas en burdeles y quilombos pululan por aquel BAYres de finales del siglo XIX.* Marcan la impronta al paisaje geográfico. Prostitutas traídas para reducir la sodomía reinante en BAYres como consecuencia de la dialéctica y lógica del tipo de colonización varonil acaecida sobre BAYres. La economía de contrabando y piratería a las naves que surcan el río de La plata y atracan en el puerto de Santa María, lo explica. BAYres es fundada por Juan de Garay, luego del acto de fundar el primer asentamiento de la ciudad, el puerto de la *Santísima Trinidad del Buen Ayre*. Atracadero donde se hace el trasiego de la carga de los buques fluviales venidos del Virreinato del Perú a los buques del Reino de España, llevan en sus bodegas las entrañas del cerro Potosí, Bolivia: mineral de plata. Surcan esos navíos los espacios de ultramar. La geografía del océano Atlántico es por esos tiempos dominante. La escasez de adorables féminas es notabilísimo en la BAYres de época, esa circunstancia geohistórica deja una huella imborrable en el corazón y el alma del paisaje en esa ribera del río, le asigna su personalidad bohemia. El geotopónimo Río de la Plata da buena cuenta de ello, al igual que la mayor parte de las letras de los tangos: *Alma de Bohemia, Bien Bohemio* y *Recuerdos de bohemia*, entre otros tangos.

Con esas elucubraciones me dirijo a calle Maipú 672 a pie. La *geografía entra por los pies*, afirma insistentemente hasta el cansancio el notable geógrafo Pablo Vila. Se me revela la geografía histórica de BAYres engarzada a la arquitectura de la segunda parte del siglo XIX y primera

del XX con estilos neo-renacentista italiano (la Casa Rosada), neo-barroco francés (Centro Cultural Kirschner), victoriano inglés (la terminal de Constitución), neo-clásico (la Catedral) y ecléctico (mezcla de diferentes estilos, como la torre Barolo); todos encabalgados con estilos modernos (centro cultural San Martín), estilo rascacielos (Alvear Tower), conjuntos habitacionales masivos de interés social, residencias unifamiliar y multifamiliar y, gran cantidad de patrimonios arquitectónicos y espacios verdes, le imprimen a BAYres apariencia de pluralidad paisajística. El trazado original de BAYres y su arquitectura asociada pierde sus rasgos coloniales con el empuje modernista de la segunda mitad del siglo XIX. Me hace recordar lo afirmado por José Ignacio Cabrujas sobre el espectáculo de la destrucción del patrimonio arquitectónico urbano, en este caso de Caracas. En esa dirección, me atiende en la puerta del edificio de Maipú 672, una persona que identifiqué rápidamente como venezolano; –soy de la ciudad crepuscular y capital musical de Venezuela–, lo expresa a manera de reto para ver si doy con el acertijo. –Barquisimeto–, le respondo de inmediato y sin pestañear. Me da la impresión que una porción significativa de los migrantes venezolanos son de esa ciudad.

Sin demora, salgo aligerado hacia mi próximo reparto, en Corrientes 3.126, Galería de los Peruanos; en la planta primera me dirijo a una peluquería donde trabaja mi esposa, la veo faenada, hace pedicura, una de sus especialidades junto al manicure; que estampa más bella, reprimo un lagrimón. Hago la entrega a la peruana regente de la peluquería, una hermosa persona, será durante nuestra estadía en BAYres una compañera del alma. Me expresa en un inconfundible tono peruano: –El sanguchón tiene aspecto apetitoso–. Le digo, –el pan lo hace mi hijo menor, como parte del emprendimiento que tiene con mi hija, iba a decirle mi hija-patrón–, pero me reprimí. Este local, donde hay una paraguaya, peruana y venezolana, es una síntesis de la

inmigración a BAyres. Es una ciudad con el sello inequívoco del significado y alcance de la inmigración en un territorio; la primera oleada inmigratoria es europea, la grande, cambia a la Argentina para siempre, tuvo lugar en las décadas finales del siglo XIX y primeras del XX. Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, pioneros de la civilidad argentina, tuvieron la certidumbre sobre el papel transformador de la inmigración en una sociedad preñada de barbarie (no desde el punto de vista despectivo sino antropológico), además de aumentar considerablemente la población, su composición demográfica e incluso, el lenguaje y fonética, amalgama el español argentino (el famoso checheo de la lengua argentina tiene un indudable origen italiano, corso y sardo); además, cambia la vocación por el trabajo e imprime progreso económico a Argentina. Será a inicios del siglo XX la novena potencia económica mundial, por encima de Francia. Las ideas comunistas, socialistas y anarquistas se incubaron también con estos inmigrantes europeos, particularmente los italianos, corsos, sardos y catalanes, se apoltronan estas ideas en la sociedad argentina y perduran hasta estos tiempos contemporáneos. Me despido, y les digo, –la jornada mía es larga, discúlpenme tengo que irme–, y salgo rápido.

Me dirijo hacia la Rivadavia para tomar la boca de la estación del subte línea B, y dirigirme hacia la estación Alem; al salir de la estación, busco la parada del metrobús para tomar el colectivo N° 33 (llegué a divisar hasta la ruta del colectivo N° 220. La geografía del transporte de BAyres es muy densa en rutas de bus; de acuerdo a la autoridad de transporte urbano hay 499 líneas de transporte urbano, las líneas con numeración entre 200 y 499 dependen de la provincia de BAyres. El tranvía irrumpe en la geografía bonaerense hacia la década de 1870 y desaparece en la década de 1950. El lunfardo, una jerga callejera rioplatense que se origina a finales del siglo XIX, con el influjo espacial de la inmigración, denomina al tranvía bondi, y al desaparecer éste, transmuta para

identificar a los buses; hasta una milonga llamada *Línea Nueve*, letra de Carlos de la Púa, da buena cuenta de ello: *...Era un bondi de línea requemada...* Ese colectivo Nº 33 se dirige hacia el aeroparque Jorge Newberry, avenida Costanera Rafael Obligado s/n; en una de las oficinas de Aerolíneas Argentinas está el comensal-cliente del emprendimiento. –No está, estamos de paro en Aerolíneas–, me informan. –Muchas gracias–, le espeto por esa noticia-tragedia para mí. ¿Cómo le explicaré a mi hija-patrón? –¡Ah! Lo vendo cuando haga la venta ambulante–, lo resuelvo con un pensamiento en voz alta.

Salí esmachetado (venezolanismo por corriendo) de la terminal aérea, tomo un colectivo vía Puerto Madero. Diviso a lo lejos las dos torres rascacielos del World trade center Buenos aires (Wtc-BAYres), en la calle Lola Mora 421. No puedo reprimir un fugaz pensamiento sobre el acto terrorista de 2001 en la sede matriz de esta transnacional de las propiedades inmobiliarias en New York. Sé que esta entrega del delivery es muy importante, es del esposo de mi hija-patrón, le hago una perdida; baja, nos saludamos con un sonoro abrazo, hago la entrega, y con la misma me marchó, voy apretado de tiempo. Solo me quedan dos delívery en Caba y los de provincia y venta ambulante, que ahora son seis sanguchones por la bendita huelga de Aerolíneas. –Es que ésta empresa del Estado argentino comparte el tiempo de vuelo con el de paros, claro, sino no le duele a nadie. La falacia de los bienes públicos, como dice la teoría de Ludwig Von Mises, viene como anillo al dedo–, remato el pensamiento.

Desandando el camino, como el título del álbum del músico argentino Gustavo Santaolalla, me dirijo a la Universidad Belgrano, calle Zabala 1.837. Decido caminar las 29 cuadras (3 Km aproximadamente). Rodeo por el flanco norte el parque coronel Román Wysocki, con su bello lago de regatas. Cruzo la avenida Libertador hasta la Zabala, el paisaje de modernidad de Belgrano da aire de frescura; diviso el imponente edificio

de diecinueve plantas. Subo la gran escalinata lateral de acceso a la edificación. Pregunto en recepción, –por favor la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales–, –diríjase a la cuarta planta–; busco la oficina y termina siendo la Secretaría de la Escuela de Relaciones Internacionales. Al hacer la entrega, no puedo dejar de comentarle a la profesor-secretaria, –que casualidad, yo soy profesor en una escuela hermanada en la misma rama de estudio, trabajo en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, pero en Katanga Bolivarian Petroleum & Bananera Republic–; enseguida me inquiere, –¿y dónde queda Katanga?–, me arrepiento de la locuacidad y le explico, –es que para mí, Venezuela desde hace veinte años pierde su nombre original, por culpa de la tiranía de brutalidad y decadencia siniestras que reina en su territorio, que la hace parecerse más a lo peor de África, y yo le renombré Katanga–. –¡Ah!– Responde como aturdida por tan densa explicación. Por culpa de esa locuacidad se me olvida dejarle mi historial profesional. Con cierto sentimiento de culpa, me despido cordialmente, y salgo de prisa de la Universidad.

Me dirijo al barrio Chino para tomar el colectivo N° 15, en dirección hacia Walmart, avenida de Los Constituyentes 6.020. Reviso rápidamente el barrio Chino. El barrio Chino, sección del barrio Belgrano, debe su nombre al establecimiento original de taiwaneses venidos de Mendoza, correligionarios de la iglesia Presbiteriana; hoy, un distrito comercial y residencial con comunidades de inmigrantes taiwaneses, chinos, coreanos, japoneses (en lunfardo, Nikei, derivación de nipón) y tailandeses, al igual que residentes venidos de Latinoamérica y Europa, una verdadera síntesis geográfica de la geografía de la inmigración de Argentina. Desciendo del bus en la intersección de avenida Crisólogo Larralde y de Los Constituyentes, en toda la línea limítrofe entre Caba noreste y provincia, en el barrio Villa

Urquiza. Al hacerle la entrega a la comensal-cliente de Walmart, me percato de su condición de profesional de tercer nivel; le pregunto, –usted es profesional universitaria, ¿cierto?– Y me responde, –sí, soy antropóloga, prestada para el oficio administrativo–. Inmediatamente le pregunto: –Por qué Villa Urquiza, barrio donde se localiza Walmart, lleva el apelativo villa y es un asentamiento de clase media y comercial, con paisaje inmobiliario revalorizado–. Se transmuta de su aspecto administrativo y se pone en modo antropólogo, comienza su explicación: –Poblada a partir de 1887, originalmente por obreros y sus familias de Entre Ríos, trabajan para una cantera que presta servicios para el relleno de terrenos del lecho de inundación del río de La Plata–. La interrumpo y le comento, –¡ah! Similar proceso de poblamiento de los barrios Bucaral, La Cruz, Pajarito, Pedregal, y otros, en Altamira y La Castellana, en Caracas, Venezuela. Se convierten en obraje de familias traídas de Los Andes venezolanos y Norte de Santander, Colombia; como obreros de la construcción de las urbanizaciones–. –Sí, entonces es similar–, me responde. Y agrega enseguida, –ha sufrido un proceso de dialéctica y lógica socioespacial conocido con el anglicanismo de gentrificación, que ha desdibujado su paisaje geográfico original de villa miseria–. Le doy las gracias por haberme dado una lección de geografía. Y a mi pesar, luego de ese corto intercambio geográfico, la dejo, tengo que hacer el delivery de provincia, es tarde, y mi hija-patrón no entendería nada de perder el tiempo por interesante conversación sobre geografía. Me marchó.

Tomo el mismo colectivo Nº 15 de regreso y descabalgo en cercanías de la estación Luis María Saavedra del ferrocarril General Bartolomé Mitre, variante a Suárez. Durante el viaje en tren, escudriño la geografía de la provincia de BAYres noreste, los barrios (urbanizaciones en español venezolano) de este sector de la provincia son de los más aristocráticos

que he visto hasta ahora. Me bajo en la estación Munro, camino hasta encontrar la parada del colectivo con dirección al shopping Martínez. Ni en Venezuela, que somos tan dado al anglicanismo, por aquello del presidente Obregón de México, *tan lejos de Dios y tan cerca de Usa*, a los centros comerciales se les llama shopping. Me han informado que este templo del capitalismo es uno de los más modernos y grandes de BAYres; no puedo reprimir un pensamiento-comparación, –pero ante el Sambil Chacao, es un enano–. Enfrente del shopping está la mansión donde voy a entregar el pan de jamón para la embarazada antojada. Pensé, –estos venezolanos llegados con la diáspora, provocada por la brutalidad y decadencia siniestras que atormentan a Venezuela en forma de tiranía, son ricachones ya–. Pues no, que equivocado estaba con mis especulaciones, la venezolana es la sirvienta, y ha contagiado a la familia pudiente bonaerense que vive en esa mansión por el gusto y aroma por condumios de la geografía gastronómica venezolana (el pan de jamón, es comida típica de las navidades venezolanas; aumenta en BAYres el agrado por la gastronomía venezolana). La patrona es la embarazada antojada, como enseguida me percató. La venezolana tiene el fenotipo indiscutible de nuestro gentilicio. –Hola pana (venezolanismo por amigo)–, le digo inmediatamente. –¡Aah un paisano!–, responde. –Desde cuando estás en BAYres–, le pregunto; –desde que enterraron al muñeco (supe inmediatamente que se refería al comandante Chávez, por lo del secretismo de la tiranía por su muerte, su entierro se realizó más de tres meses después; según quienes lo vieron en el féretro era un muñeco)–. En sus palabras advierto una entremezcla de melancolía, rabia y anhelos por regresar; toda una geografía de la nostalgia. Se me nubla la mente; debo abandonar ese lugar inmediatamente, o lloraremos inconsolablemente los dos.

En el ferrocarril General Bartolomé Mitre variante a Suárez de nuevo estoy instalado, sentido a Retiro. Comienzo a resolver donde hago la

venta ambulante; en Retiro, Once o Linniers. –Por supuesto, en Retiro–, me digo. –Retiro me queda inmediatamente al salir de la estación–, termino la divagación. Efectúo la venta ambulante en las inmediaciones de la estación de trenes de Retiro. Este lugar me evoca a la avenida Vargas de La Guayra durante la década de 1970, en los tiempos de la Gran Venezuela de Carlos Andrés Pérez. Su paisaje de edificios de poca altura, puerto, servicios portuarios, distribuidores viales, amasijo de vehículos familiares, taxis, autobuses, camiones y gandolas (vehículo de carga grande y ancho) con contáiners, atrapados en un tráfico infernal, y en las aceras y paso de cebras, hervidero de personas de un lado para otro, en su conjunto forman una síntesis geográfica de la geografía portuaria. Inmediatamente me asalta un pensamiento-recuerdo, el cuento *El hombre de la multitud* de Edgar Alan Poe:

...Al principio, mis observaciones tomaron un giro abstracto y general. Miraba a los viandantes en masa y pensaba en ellos desde el punto de vista de su relación colectiva... La gran mayoría de los que iban pasando tenían un aire tan serio como satisfecho, y sólo parecían pensar en la manera de abrirse paso en el apiñamiento... Otros, también en gran número, se movían incansables, rojos los rostros, hablando y gesticulando consigo mismos como si la densidad de la masa que los rodeaba los hiciera sentirse solos...

Pareciera que Poe ha estado en Retiro, su descripción es idéntica a la geografía humana que observo. Comienzo a vocear, –isanguchón, sanguchón, sabrosos y baratos!–; estuve hasta las siete menos un cuarto, pero me quedaba uno sin vender, ya agotado por tan abrumadora faena, me rindo, pero con solo pensar, ¿qué me dirá mi hija-patrón por dejar de vender un delivery?; eso me infunde fuerzas. Intento seguir con la venta ambulante, más sin embargo, me siento desfallecer, a todo riesgo decido ir al hogar.

Llego a Pichincha 747, arrastrando los pies, como cuando se está desanimado, aturdido. Me recibe mi esposa, me pregunta, –¿cómo te fue mi amor en el primer delivery?– Le digo, –bien mi amor–

Inmediatamente paso a la cocina, donde hay actividad febril, mi hija-patrón y su hermano, ella dando instrucciones, más bien gritándole, – icoño! Esa masa no está bien amasada, estás haciendo una porquería, un mazacote–. No quiero ni saludarla, me da temor. Me digo a mi mismo, –Dios mío *aparte de mí este cáliz*–. Se voltea con cara hosca y me pregunta, –¿cómo te fue a ti con el delivery?–. Le comento, en Aerolíneas Argentinas había paro, y el comensal-cliente no estaba, y llevé ese sanguchón sobrante a la venta ambulante y no pude venderlo, a pesar del esfuerzo–. Se pone los dos brazos con los puños cerrados en la cintura y moviéndose a diestra y siniestra me espeta, –icoño no sabes lo que significa un emprendimiento para inmigrantes!–; y prosigue, –la venta es nuestro modo de vida, trabajamos muy cerca del costo de producción, y así se reduce significativamente la ganancia–, me suelta lenguaraz la reprimenda. –¡Qué vaina tan seria, tengo puros ineptos a mi lado!–. Callé estoicamente, soporté la arremetida. Al rato, se tranquiliza y me dice con amor, a su manera; –bueno, mañana será otro día–. Mi yerno, que mira televisión con mi nieto, me ofrece un escocés. –¡Camarada!–, cariñosamente me llama así; –Vamos a echarnos unos tragos de *Juanito el Caminante* (nombre que le damos al Johnny Walker Red)–, y agrega a renglón seguido, –te estaba esperando, hoy el Betis de Triana, tu equipo, le gana dos a una al Barcelona, buena por esa–, y seguidamente le enrostro, a manera de vengarme de su esposa, mi hija-patrón, el grito de victoria del Betis: –*¡Viva el Betis man`que pierda*–. Los Tiburones de La Guayra, en beisbol y Betis de Triana en futbol, son mis equipos de mis suplicios.

Geografía del sureste de la urbe rioplatense

Está lloviendo a cántaros. El servicio meteorológico ha anunciado un Pampero de invierno. No quiero salir con soberano chaparrón, por lo que he leído en aquellos tiempos en geografía física en la Ucv. Leo en Wikipedia:

El pampero es un fenómeno meteorológico que afecta regiones de Argentina, Uruguay y del sur de Brasil. Se origina cuando los vientos del anticiclón del Atlántico sur son atraídos por el centro de baja presión que está en las llanuras. Es frecuente durante el invierno y también sucede en el verano... Se produce con el pasaje de un frente frío, y a menudo, es acompañado de líneas de tormenta y de un brusco descenso de la temperatura. Cuando se anuncia, vemos una formación nubosa oscura...

Mi hija-patrón me espolea para que salga. –¡Coño! Hay que hacer el delivery con tormenta, rayos, centella y demás yerbas. *Así llueva, truene o relampaguee* tienes que ir–, pronuncia. –Así que *c'est la vie, je ne sais pas–*, emplea un francesazo. Al llegar a la acera, con chaqueta, sobretodo y sombrilla me irrumpe en la mente la canción–prosa de Polito Ibáñez, *Locos*:

Por la calle mojada después de un café, con los gestos más simples y la doble fe, con premura y zapatos a medio calzar salgo en la mañana dispuesto a soñar... la gente impaciente, las caras de disgustos por los indolentes, se mezclan con las burlas y los sincrepar y presagian del día una amarga señal...

Inicio mi segundo delivery así, con una tempestad. Me dirijo hacia el sureste, empiezo con avenida Caseros 2.428 (frente al parque Patricios). El geotopónimo Caseros responde a la batalla de Caseros (1852), guerra internacional dirigida por los gobiernos de Brasil y Uruguay, junto a las provincias del noreste argentino, en especial Entre Ríos, para derrocar al *gendarme necesario*, el dictador Juan Manuel de Rosas, una especie de Juan Vicente Gómez argentino (tirano de Venezuela desde 1908 hasta 1930). Rosas acaba con las guerras y guerrillas sucedidas luego de la independencia argentina. Lo sucede el Proceso de Organización Nacional, régimen civilista democrático liderado

por Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, con su lema civilización o barbarie. Cambia las geografías política, económica y social argentinas. Buenos Aires se europeíza en su arquitectura, paisajes, usos, costumbres y percepción geográfica; ése proceso político-económico-social promueve el progreso hasta 1946. Ascende al poder el general Juan Domingo Perón, se inicia la caída lenta y en espiral descendente de empobrecimiento. El tango de Alfredo Le Pera, inmortalizado por Carlos Gardel, retrata ese realismo mágico que se apoltrona en argentina a modo de Peronismo:

Ahora, cuesta abajo en la rodada
las ilusiones pasadas
yo no las puedo arrancar.
Sueño con el pasado que añoro
el tiempo viejo que lloro
y que nunca volverá...

Hago la entrega del delivery frente al parque Patricios, uno de los ecosistemas que enriquece el patrimonio verde de BAyres. Un burócrata, gordo, típico de ese estamento social, es el comensal-cliente en la Jefatura de Gobierno de BAyres. Prosigo con prisa para terminar temprano, son pocas entregas en este segundo delivery. Transito a toda carrera, el apuro no me impide en Caseros 3.528 observar una grúa de construcción, es la quinta grúa que cuento en BAyres, cuatro en Puerto Madero y esta quinta en Caseros. La geografía de BAyres está despoblada de grúas de construcción. Esta maquinaria imprescindible en el crecimiento de las ciudades modernas es un indicador de la vitalidad de una urbe. Ello habla de la soberana contracción económica en una gigalópolis de más de quince millones de habitantes, crisis económica heredada de los doce años de brutalidad y decadencia siniestras de los K (acrónimo para identificar al gobierno de los esposos Kirchner, Néstor y Cristina, y al kirchnerismo, movimiento político peronista y más coligado

al socialismo del siglo XXI). Y pensar que Argentina a inicios del siglo XX era la novena potencia económica mundial, por encima de Francia. Hoy lidia por no terminar de caer en el fondo del saco de los países más pobres del mundo. La restricción a la libertad económica, la muy mala calidad institucional y la corrupción, son las principales responsables del viraje histórico hacia el declive de Argentina.

Llego en colectivo a la avenida Vélez Sarsfield 2.100 (al lado del puente Victorino de la Plaza, sobre el Riachuelo, accidente geográfico que sirve de línea fronteriza entre Caba y provincia). Tarareo el tango de Edmundo Rivero Nieblas del Riachuelo, que tanto le gusta a mi madre:

...¡Niebla del Riachuelo!
 Amarrado al recuerdo
 yo sigo esperando
 ¡Niebla del Riachuelo!
 De ese amor para siempre
 me vas alejando...

Enseguida, después de la entrega, tomo el ferrocarril general Julio Argentino Roca a provincia y me bajo en la estación Avellaneda, busco la dirección pasaje Mozart 1.870, frente al estadio del Racing Club, *¡uno de los grandes!* Como dice sus apasionados partidarios. Hecha la entrega no puedo reprimir un pensamiento sobre el fútbol, expresado por Jorge Luis Borges:

El fútbol es popular porque la estupidez es popular. Once jugadores contra otros once corriendo detrás de una pelota no son especialmente hermosos... El fútbol despierta las peores pasiones... El fútbol en sí no le interesa a nadie, ni siquiera a la hinchada... lo único que interesa es el resultado final...

Así como los argentinos son italianos que hablan español, también son una fanaticada inglesa que se comunica en el idioma de Andrés Bello.

Luego de estas cavilaciones, entro en cuenta que me falta la venta ambulante, ison cinco sanguchones, vergación! (venezolanismo, denota asombro, sorpresa). No es fácil, no es nada fácil.

Desando el camino, llego a la estación Constitución del ferrocarril general Julio Argentino Roca. En mi mapa mental de Caba busco la estación Once. Por arte de magia me consigo un estudiante de la Escuela de Estudios Internacionales, de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Ucv; Me aborda, –¿profesor cómo está? ¿Qué hace en BAyres? ¿También es parte de la diáspora venezolana?– Curioseosa. Le respondo, –no, todavía no, estoy de visita, mis hijos y nietos, si son de la diáspora venezolana–. –¿Y qué hace en la estación Constitución profesor?–, sigue escrutando. –Estoy calibrando mi mapa mental para tener una idea de cómo llego a la estación Once–, le respondo. –¿Mapa mental?– Inquieta con ansiedad. –Sí–, le confieso. –¿Y que es un mapa mental profesor?– Me pongo en modo docente-Ucv y argumento: –Si bien no es fácil de comprender, existe una vinculación íntima entre el espacio donde se ejercita lo cotidiano y la percepción–. Y agrego, –sí; en la configuración del territorio juega un papel decisivo la cotidianidad–, insisto en la argumentación. –Fíjate, es tal la vinculación entre geografía y percepción que una autoridad de esta ciencia, de la talla de Milton Santos, reconoce que:

El paisaje es un conjunto heterogéneo de formas naturales y artificiales, está formado por fracciones de ambas, ya sea en cuanto al tamaño, volumen, utilidad, e incluso, colores, olores, sabores, sonidos o por cualquier otro criterio de aprehensión-.

Sentencio a continuación, -se aprehende con los métodos materiales y además por medio de la percepción, sensibilidad y experiencia del espacio vivido-. Le adiciono, sin darle tiempo a interrumpirme, -y justamente, en esa aprehensión nos hacemos un mapa-mental-. -Pero profesor-, me riposta el ex-estudiante Ucv, -tengo entendido que un mapa mental es un diagrama empleado para encarnar palabras, ideas, tareas, trabajo, dibujos u otros conceptos en torno a una argumentación principal y los conceptos que le dan vida-. Le interrumpo de nuevo, -páralo ahí mi estimado, eso es una confusión cósmica que no sé exactamente cuando aparece, pero me da la impresión que fue en la década de 1990-. -Tu lo has expresado muy bien-, prosigo, -ese conjunto de ideas enlazadas con conectores, símbolos y flechas es un diagrama, y antes de materializarse como dibujo, bosquejo, esquema o boceto, es un diagrama-mental o esquema-mental o boceto-mental. En cambio, un mapa mental es otra cosa muy diferente. -Desde los trabajos pioneros de David Lowenthal sobre las experiencia e imaginación en geografía, en la década de 1960-, le insisto al ex-estudiante Ucv, -se emplea en geografía el método de mapa mental, hallazgo realizado por Peter Gould en 1966. En el mapa mental se abarca en una sola visión global la realidad vivida espacialmente. Esa imagen del espacio vivido reunida en el mapa mental cada individuo la tiene, la experimenta-; tú mismo reflejaste esa imagen de tu espacio vivido en el mapa mental de la ruta que seguiste para llegar a esta estación desde el lugar de dónde vienes-. Completo con sensación de victoria. Aturdido, me dice, -profesor, disculpe, estoy apurado, voy tarde al laburo-, y me deja con el resto de las palabras en la boca, que

me deja un mal sabor al ser reprimidas. Así, sin más, me dirijo a la estación Once. Casi frustrado, recuerdo un adagio popular de los pasillos de las universidades, *el profesor es un ser frustrado que transmite a sus alumnos sus frustraciones*. Llego a la estación Once, por una especie de hechizo vendo los cinco sanguchones en un dos por tres. Triunfal me dirijo al hogar, se me hace en la mente una imagen de Mr. Bean alardeando con gestos, mohines y señas a mi hija-patrón sobre el deber cumplido. La llegada temprano en la tarde, permite decirle a mi esposa, *alístate*, para llegar a tiempo a la función de cine gratuito en la sala Leonardo Favio del centro cultural del Congreso de la República, – recuerda mi amor, hoy comienza el ciclo de Alfred Hitchcock–, le digo a mi esposa. Vamos religiosamente todos los martes y jueves a las 18:30 hrs, como un ritual, si me lo permite el delivery. La vida cultural de BAyres es riquísima, y para quien se especializa en la caza y pesca de actividad cultural gratuita, como yo, se da todo un delicioso banquete. Llegué a visitar siete centros culturales con actividades gratuitas (centros culturales del Congreso de la República, Bicentenario, San Martín, Recoleta, La Usina de Boca, Devoto y Kirchner) con funciones de cine, teatro, jazz y ópera.

Geografía de la megalópolis del poniente sur

Al salir de mi hogar rioplatense, me dirijo hacia el poniente-sur, como dijo con locuacidad mi hija-patrón. En mi mapa mental ubico la dirección avenida Independencia 3.002, es más o menos cerca del hogar, una avenida con recorrido este-oeste. Es parte de un paisaje de barrios residenciales de clase media venida a menos, comercios, tránsito automotor de moderado a denso (en horas picos) y perspectivas del

centro rioplatense, hasta llegar a su nacimiento en la avenida Ingeniero Huergo, donde destaca el edificio de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires (Uba). Es una infraestructura construida al mejor estilo neoclásico en 1950, durante el primer gobierno (1946–1952) del general Juan Domingo Perón. Se promueven políticas desde un estado fuertemente centralizado: La industrialización, expansión del mercado interno, sindicalización de los trabajadores, obras sociales (por seguro social) y la ampliación de derechos políticos, laborales, culturales y sociales, junto a una represión selectiva; inspirado en políticas de corte fascista al mejor talante de Primo de Rivera (España) y en especial, Benito Mussolini (Italia). Desde el Estado dirige la política-ideología: Estado-militares-pueblo-líder; cambiará a Argentina hasta los tiempos nuevos. Luego de estos razonamientos, llego a Independencia 3.002, hago el despacho y sigo. Alcanzo a la avenida Juan Bautista Alberdi 224 (Almagro), realizo el reparto, y emprendo la marcha de nuevo. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en la suerte de Juan Bautista Alberdi, el Andrés Bello argentino. Alberdi fue el civilizador, progresista, liberal, humanista, ilustrado y demócrata más grande de toda la historia Argentina hasta hoy, si hubiese gobernado Argentina (se auto-exilió por persecución) el tiempo del caudillo Hipólito Yrigoyen, desde 1916 hasta 1930, quien inaugura el populismo austral, con el civilismo de Alberdi no hubiese tenido cabida. La suerte de Argentina hoy fuera otra, se codearía con los países más desarrollados del mundo. Pero la historia no se conjuga si hubiera sido. Su impedimento para gobernar fue la acusación de homosexual, en una sociedad machista; hoy no sería condenado, el homosexualismo está difundido espacialmente a todo lo ancho y largo de BAYres. Si hoy viviera Atahualpa Yupanqui, probablemente, quizás sí, tal vez no, en vez de denominarla *Buenos Aires ciudad gringa*, la llamaría BAYres ciudad gay. Me dirijo febril hacia la calle Puan 480, sede de la Facultad de Filosofía

de Uba (Filo-Uba). En realidad Filo-Uba, se me antoja, es un ambiente lóbrego. Su atmosfera es tóxica para el visitante ajeno a la ideología o militancia comunista y similares. Está empapelada en todas sus paredes desde el suelo hasta el techo, en absolutamente todas sus plantas, de carteles, pancartas, serigrafías, gigantografías, anuncios, avisos, proclamas, noticias, bandos, pasquines y octavillas de anarquistas, comunistas, maoístas, idea suche (Kim Il-Sung), polpotistas, estalinistas, socialistas revolucionarios, bolcheviques, mencheviques, peronistas montoneros, peronistas kirchneristas, chavistas, maduristas, neo-Erp, feministas radicales y toda suerte de totalitarismos. No crea Usted, que no están compartiendo espacios retratos de Marx, Lenin, Stalin, Fidel Castro, Ernesto Che Guevara; Carlos el Chacal, Abimael Guzmán y Roberto Santucho no los vi, es posible que estén en algún recoveco, recodo, rincón o anaquel escondido. Y la tapa de la Coca-Cola, el aula de clases magistrales está bautizada con el nombre del Che Guevara, donde se imparten clases de territorio, territorialidad y territorialización. Si algo magistral está asociado a su nombre son los magistrales juicios sumarísimos, prácticamente homicidios en serie; un destructor de territorios (Cuba y Congo; en Venezuela Brezhnev no lo dejó, intentó en Bolivia y la Cia imperial se lo impidió). En contrario, usted no ve alusión alguna en la Facultad de Filosofía, en afiches o cuartillas a filósofos como Platón, Sócrates, Kant, Ortega y Gasset, Foucault o Mario Bunge; y para ser justo, ni siquiera filósofos socialistas como Ernesto Laclau, Noam Chomsky y Heinz Dieterich, o apologistas del comunismo como Jean Paul Sartre. Qué lástima, la Escuela de Geografía en semejante ambiente deprimente está, sin alusión gráfica a Francisco Moreno, Federico Daus, Elena Chiozza o Clemente Onelli, héroes civiles de la geografía argentina, o Elisée Reclus, geógrafo anarquista europeo que hizo geografía en Argentina en 1857.

Aventado me dirijo a la avenida 27 de febrero 6.999 (exactamente en la intersección del Riachuelo y autopista General Paz; la primera, la línea de frontera entre Caba y provincia de Buenos Aires al sur, y la segunda, al oeste. La autopista General Paz y el curso de agua de Riachuelo, contaminado hoy, contornean a Caba y la separan de provincia por el norte, sur y oeste; el este es otra cosa, la ribera del río de la Plata. Termino el delivery en esa dirección.

Me dirijo a la estación Constitución, debo hacer la próxima entrega en la villa miseria General Marino de Fournier, en calle Aráoz 578. Tomo el ramal Midland-Aldo Bonzi del ferrocarril Belgrano sur, me informa un coviandante, –solo se expenden boletos en las estaciones cabeceras–. – ¿Por qué?–, pregunto como un ignorante enorgullecido, cito velozmente en mi memoria a sor Juana Inés de La Cruz: *Yo no estudio para escribir, ni mucho menos para enseñar sino sólo para ver si con estudiar ignoro menos*. Me responde el coviandante, –porque tiene bajo flujo de pasajeros, sus servicios son limitados a 5 por día, hay poca seguridad personal en los parajes que cruza y en la propia formación férrea. Muchas gracias, muy agradecido–, le añado; –por favor–, adiciona el coviandante, con esa muletilla y tonillo rioplatenses que tanto me encantan. Con la preocupación del caso, luego de recargar la tarjeta Sube (sirve para todas las modalidades de transporte, excepto taxi y Uber), abordo la formación. Me percató que los paisajes que recorre el tren están plagados de villas miserias. Me bajo en la estación Midland. En general los geotopónimos de barrios y partidos (especie de parroquia) de raíz anglófona abundan en la geografía de BAYres, como el de la propia estación de tren, Midland. Aparecen en los cuatro puntos cardinales: Newberry, Morris, Banfield, Hurlingham y Temperley, entre muchos otros; hacen referencia a una caudalosa inmigración de ingleses e irlandeses, de cuando Argentina estaba bajo la influencia neocolonial

de Inglaterra, en la segunda parte del siglo XIX e inicios del XX. Al traspasar el portal de la estación Midland, me dirijo un tanto asustado a Aráoz 578; a pesar de ello, para alguien acostumbrado a patear Petare y todos sus alrededores de barriadas, este paisaje no es especialmente aterrador. La Villa miseria o simplemente villa es el nombre que se le da en Argentina al paisaje urbano de hábitat subintegrado o informal. De acuerdo a un consenso muy amplio, su nombre deriva de la novela del escritor argentino Bernardo Verbitsky *Villa miseria también es América*, donde se describe la geografía de la migración interna latinoamericana, el poblamiento informal y formación de tugurios en su territorio urbano. En Argentina está coligado a la llamada década infame (1930–1940) del gobierno de dictadura militar. Se lee en el libro *Ambiente y relaciones internacionales: Dialéctica y lógica socioespacial y socioambiental del territorio mundial* de Daniel Aché Aché:

Los habitantes que viven en tugurios y la degradación del ecosistema urbano asociada es un problema ambiental global conocido como tugurización, es decir, crecimiento de los espacios con habitantes que viven en asentamientos precarios de infraviviendas agrupados geográficamente que forman un paisaje de extendida pobreza... En Latinoamérica se identifican estos territorios con nombres particulares: Villa miseria en Argentina, favela en Brasil, callampa en Chile, ciudad perdida en México, pueblo joven en Perú y Barrio en Venezuela, entre muchos otros...

Luego de esa elucubración que me deja agotado mentalmente, doy vuelta atrás, y me dirijo a la estación Constitución, para luego, tomar un colectivo hasta Linniers, en Rivadavia (estos lugares del BAyres del suroeste no están servidos con línea del subte, solo el llamado premetro). Linniers es un hervidero de gente caminando en toda dirección, ideal para la venta ambulante. Voy de Caba a provincia y viceversa. Este barrio está dividido por un muro político-administrativo, cual muro de Berlín, las geografías cambian de un lado a otro del muro del imaginario geográfico. Voceo insistentemente. La venta ambulante

está ruda, pesada. Me sorprende la noche haciendo la venta buhoneril. No quisiera oírle la lengua zahiriente a mi hija-patrón. Termino ya entrada la noche fulminado. Asocio mi condición a la canción-poesía de Rubén Blades:

Regresa un hombre en silencio
de su trabajo cansado.
Su paso no lleva prisa
su sombra nunca lo alcanza.
Lo espera el barrio de siempre
con el farol en la esquina
con la basura allá en frente
y el ruido de la cantina...

La geografía urbana del noroeste rioplatense

Se pasó tu cuarto de hora, como dice la letra del tango de Carlos Petit. Pero en mi caso, llega el cuarto delivery. Es en el noroeste; tan pretensioso, ampuloso, hinchado; los nordoestinos rioplatenses tienen una autoestima geográfica elevada. La geografía puede llegar a ser encantadora (Daniel Hiernaux) o puede ser una prisión (Tim Marshall). Los habitantes del noroeste bonaerense a su territorio le llaman mi geografía entrañable. La percepción geográfica es diferencial; depende de la morfología del paisaje, su cronología (historia), ecología (funcionamiento), e incluso, *sus* colores, olores, sabores, sonidos; el contacto con su geografía *produce una tonificante emoción: algo así como un vago hechizo*, como dice Ramón Díaz Sánchez. Así uno se siente al pisar territorio del noroeste de BAYres: Caballito, Flores, Floresta, Ramos Mejías, Morón, Ituzaingó y Moreno, entre otros muchos lugares. Ese es mi estreno con el delivery por estos parajes. Decido iniciar los pedidos hacia la calle Dr. Ricardo Balbín 4.801 (Coghlan). Tomo el colectivo Nº 29 por Corrientes, en San Nicolás. Este bus recorre desde Boca, atraviesa los barrios Puerto Madero, San Telmo, San

Nicolás, Balvanera, Almagro, Villa Crespo, Chacarita, Colegiales hasta Coghlan, y continúa hacia provincia por Munro. Hago la entrega.

Para colmo de males, paso de largo una dirección, estoy *limado* (argentinismo por enloquecido), debo volver hacia Vélez Sarsfield, calle Saráchaga 4.906, en el museo General Belgrano (es un archivo documental con más de ochocientos ejemplares, se lee en la placa). BAYres tiene plagada su geografía de museos de los más variados temas, es todo un primor, tanto que hay la expresión bonaerense *ivamos a musear!* Conté más de ochenta museos: De tango, decoración, luces, traje, de Evita Perón, y otros muchos temas). Hasta hay una universidad llamada Universidad del Museo Social Argentino (Umsa). El comensal-cliente es uno de los curadores del museo; -Me encanta este sanguchón-, así le llaman, cierto? -Sí- Respondo henchido, y añado enseguida, -nos honra un cliente tan encumbrado en la cultura ríoplatense-, -no, por favor (muletilla argentinista), me responde-, y con ese cumplido, me marchó.

Me dirijo hacia la intersección con la avenida Juan Justo, desciendo y tomo el colectivo Nº 172, rumbo a la avenida San Martín 6.250, es la estación Libertador del ferrocarril Urquiza. *La red ferroviaria argentina, con más de 47 mil km de vías, llega a ser una de las más grandes del planeta,* se lee en Wikipedia. Habla de lo que pudo ser Argentina si hubiese seguido el empuje de progreso de finales del siglo XIX y albores del XX (interrumpido por Yrigoyen, peronismo y gobiernos militares). ¡Qué lástima! ¡*Lloro por ti Argentina!* No sé quien escribe esas letras ni me interesa, me encanta cantada por Paloma San Basilio. Apeo en la estación Lourdes del ferrocarril General Urquiza. Camino cuatro cuadras al suroeste, llego a calle La plata 1.117 (Santos Lugares; por el santuario Nuestra Señora de Lourdes). Recogen el delivery dos biólogos

amigos entrañables, cofrades de la diáspora venezolana. Conversamos en torno a un guayoyo, venezolanismo para denotar un café negro claro, aguado. Pierdo un tiempo que no podré recuperar (de perdido es un decir, una conversación amena sobre la Venezuela de nuestros tormentos y la acogida de BAyres, Argentina, no es por cierto perder su tiempo). –Argentina es un país hospitalario con los inmigrantes, sabe del significado de la inmigración en el progreso–, me afirma mi amigo biólogo. Asiento aprobando lo asentado. Le pido tiempo a Cronos, por lo que me queda por entregar y el tiempo que pasa. Se recoge en el diario de sesiones de la Cámara de Diputados de la República de Venezuela (1960) una poesía de Andrés Eloy Blanco: *Tiempo le pido al tiempo y el tiempo, tiempo me da*. Concluyo que es inútil mi pedimento. Abandono a mi pesar y de los amigos su casa, que cuita más grande.

Vuelvo a la estación de Lourdes del Ferrocarril General Urquiza, recorro el paisaje de vuelta hasta la estación José Artigas, realizo la conexión con el ferrocarril San Martín, surco de nuevo la geografía del noroeste hasta la estación Devoto, pateo a marcha forzada, medio maratón, hasta llegar al hospital de rehabilitación Manuel Rocca, en avenida Segurola 1.949. –La geografía de la salud de BAyres es muy densa en instituciones sanitarias–, pienso en alta voz. He contado veintiocho hospitales; hay un inconmensurable número de ambulatorios, medicaturas, centros sanitarios y clínicas; concluyo mi pensamiento en voz alta. Hecha la entrega salgo precipitado, ya termina la tarde y empieza la noche, llego a la estación Devoto, cansado, cabeceando del sueño, consumiendo paisajes adormilado llego a la terminal férrea Retiro. Tomo la línea C del subte, hasta estación Lavalle, realizo la combinación con la línea B hasta estación Once-Plaza Miserere. Aquí realizo la venta ambulante, se efectúa más o menos rápido, pero lo suficiente para dejarme cansado. Vuelvo a tomar la línea H, hasta la

estación Venezuela. Escucho los acordes de música clásica. En casi todas las estaciones del subte se instalan músicos que delatan la sociedad multinacional que es Argentina por diferentes melodías interpretadas. Sin embargo, una buena porción de estos músicos del subte son venezolanos. E incluso, los venezolanos de la diáspora ex-integrantes del Sistema de Orquesta Simón Bolívar (Venezuela), han formado una orquesta sinfónica en BAyres, la Latin Vox Machine, con ochenta músicos todos venezolanos. La estación Venezuela del subte, por designio del destino es la más cercana a nuestro hogar argentino de Balvanera.

De tanto ir y venir en la geografía humana de BAyres

No hay quinto malo, el proverbio de origen hispánico se me ocurre rememorarlo en esa madrugada, antes de iniciar el quinto delivery, el más disparatado geográficamente. Es un verdadero desastre universal; no puedo evitar un pensamiento-tarareo. Canturreo mentalmente un fragmento de la canción interpretada por Palito Ortega, *Despeinada*: – *...pero tu peelo es un desastre universal, despeinada, iah ah ah ah! Despeinada iah ah ah ah!...–*. A la vez, este delivery es el más excéntrico de todos, por el tipo de condumio que se repartirá por el territorio bonaerense. Además del reglamentario sanguchón, incluye cinco arepas rellenas con perico, reina pepeada, dominó, chicharrón con queso amarillo, carne mechada y una arepita dulce con anís molido y queso blanco (el pedido original es con queso telita, en son de broma, porque el comensal-cliente, sabe que en BAyres no hay ese tipo de queso) y tres cachapas con queso blanco (otra guasa, lo ordenan con queso de mano; pero esta vez es un argentino, ya empieza una difusión espacial en firme de gustos y olores por comidas venezolanas en la

geografía gastronómica de BAyres); igualmente incluye, tres golfeados con queso blanco y dos cinnarols saturados de sirop de papelón (melaza) y papelón con canela respectivamente.

Encabezo el delivery en Saavedra, calle Tamborini 974. Tomo el colectivo N° 60 en la calle Chile con Sáenz Peña. El colectivo N° 60 tiene una presencia ostensible en la geografía urbana de BAyres, por el sureste, centro y noreste, casi que por cualquiera avenida y calle principales de esos parajes, te tropiezas con el bendito bus. Su réplica en Caracas es el autobús de San Ruperto. El aforismo caraqueño *das más vueltas que autobús de San Ruperto*, es perfectamente aplicable al colectivo N° 60.

Este bus recorre buena parte del centro (Plaza del Congreso de la República, avenida Callao), Balvanera, Montserrat y San Nicolás; lugares del sureste como Constitución y Barracas; y, parajes del noreste, Recoleta, Palermo, Belgrano, Saavedra, y continúa hacia provincia, por Vicente López, Martínez, Béccar, San Fernando hasta Tigre. En Saavedra decido apearme del bus en la estación del metrobús del norte, en el puntal de Congreso de Tucumán. *No más* (argentinismo) tocar pavimento me encamino a Calle Tamborini 974. Que gratos recuerdos me evoca esta calle, con mi esposa todos los viernes como hoy, a eso de las 6:15 hrs, caminamos apechugados. Su patrona, argentina ella, se convierte en comensal-cliente.

Desando el camino hasta llegar a la estación Congreso de Tucumán. Decido caminar por la avenida Congreso de Tucumán con orientación sur y dirigirme hacia la San Martín, a ver si llego a alguna estación del metro. Pero llegar al cruce con la de Los Constituyentes me desorienta, porque cambia de nombre, avenida Cochrane, se llama ahora; es que hay una dialéctica y lógica socioespacial en BAyres, las avenidas como

Rivadavia, Caseros y Warnes, sentido este-oeste, entre otras; y avenidas Jujuy, La Plata y de Los Constituyentes, sentido norte-sur, entre otras; son especies de arteria vial-demarques, cambian los nombres de calles y avenidas. Camino alrededor de cincuenta cuadras (5 Km aproximadamente). ¡Qué banquete paisajístico! Estilos arquitectónicos de la segunda mitad del siglo XX, se alternan con otros de la primera mitad y, más dispersos aún, de la segunda parte del siglo XIX. Remonto la San Martín, tropiezo con el metrobús San Martín (parada multi-nodal del noroeste), –pareciera que conecta el noroeste de BAyres con el centro de la Ciudad–, me digo en voz alta; –esta travesía es de importancia, con una estación de metrobús tan larga, debe dirigir hacia alguna parada del subte–, sigo hablando con migo mismo. Que equivocado estaba, a pesar de su apelativo, no combina con estación del metro alguna, sino con el ferrocarril General Urquiza. Esta porción del territorio bonaerense, al igual que el sureste, son puntos ciegos para el servicio del metro; están delineadas bajo el *Plan estratégico y técnico para la expansión de la red de subtes* (ojalá no sea un pomposo ideal tipo Macondo, tan abundante en Latinoamérica, hay cementerios de planes). Continúo caminando, diviso la intersección con la Juan Justo, avanzo hacia el norte, catorce cuadras (1,4 km), ya en la Corrientes, alameda de mi próxima entrega.

Estoy a la altura de Corrientes 6.000, me dirijo hacia el este, Corrientes 3.247; es el Abasto shopping. Abasto shopping son varias edificaciones construidas entre finales del siglo XIX e inicios del XX, reformadas y unidas con propósitos comerciales, está ubicado en el barrio homónimo, el lar según los argentinos de Carlos Gardel; los uruguayos reclaman lo suyo; y, algunos historiadores dicen que es francés. ¡Vaya rivalidad! Debe tener hasta sus muertos. En ese laberinto de tiendas consigo la de celulares, tablet, accesorios y consumibles. Terminó la entrega sin

permitirle dirigirme palabra alguna al comensal-cliente, estoy bien retrasado, y este delivery me tiene limado desde su concepción. Circulo hacia la entrada por Corrientes. Busco la Rivadavia, tomo la calle Dr. Tomás Anchorena hasta desembocar en Rivadavia 3.200.

Enfilo la proa hacia estribor, como diría un capitán mercante amigo, tomo el colectivo N° 8, hasta Rivadavia 4.100, cambio de rumbo, al norte franco, por la calle Gascón, hasta alcanzar la Corrientes de nuevo. Llego a la intersección de Gascón con calle El Salvador. Estoy en el objetivo, Gascón 1.549. Es la sede de la Unión Cívico Radical de Almagro. Partido catalogado de derecha por los peronistas, sin embargo, las huellas del populismo argentino hay que buscarlas en Hipólito Yrigoyen; es el primer presidente argentino, de esa tola política (Ucr), en ser democráticamente favorecido por el sufragio obligatorio, masculino, directo y secreto (1916/22 y 1928/30). Accede a su segundo mandato anciano, a los 75 años, para el estándar de esperanza de vida de la época. ¡Qué casualidad! Abre cauces al populismo peronista, una vez derrocado por militares (semejante al presidente Caldera en su segundo mandato y la llegada del chavismo en Venezuela). Por arte de encantamiento, llego al finalizar un discurso. Escucho y espío que es el presidente de la Unión Venezolana Argentina (Uvenar). El encargo del delivery lo recibe inmediatamente la comensal-cliente, una dirigente de nivel medio; me dice, –acompañame, hay una reunión de tus paisanos–. Al llegar a la sala, están convidando al infaltable brindis. Hago un alto en el delivery, pulseo con el mesonero, me esquiva varias veces el coño`e madre (*mala gente* en venezolanismo); logro alcanzar la primera copa de vino tinto, luego de perseguirlo literalmente; consigo leer la etiqueta, *variedad tinta fina, fuertemente afrutado*. El vino me suelta la lengua, comienzo hablar con la argentina radical, mi comensal-cliente. – Entiendo por lo que oí, que a la Ucr le interesa la comunidad venezolana

de la diáspora para las elecciones municipales de Caba de 2019-, le comento. Responde, -la diáspora venezolana en Argentina está en crecimiento vertiginoso; en discurso del 2 de octubre de 2018, nuestro presidente de la República, Mauricio Macri, reconoce que hay más de 130 mil venezolanos en Argentina-. Continúa su arenga, -los venezolanos en Argentina son alérgicos a los peronistas y más al kirchnerismo, por aquello del socialismo del siglo XXI, especie de peste que avasalla a Venezuela en forma de tiranía; esos son los principales adversarios del radicalismo en Caba-. -Y nosotros-, continúa, -establecemos con los venezolanos, *lazos de caña que son más estrechos que los lazos de familia*, como dicen en Venezuela-. Y se ríe a carcajadas, -*ija, ja, ja, ja, ja!*-. Dos copas más y me atrevo a recitarle un poema de Li Tai Po:

¿Un mortal ebrio debe avergonzarse?

Tres copas abren la puerta de la felicidad suprema. ¡Toma un jarro!

El Universo es tuyo. La embriaguez del vino está vedada para el sobrio.

La imagen de mi hija-patrón se materializa en mi mente recriminándome. -¡Qué horror!- Me digo en voz alta. Hago un esfuerzo extra-humano para no tomar unas cuantas copas de más.

Dirijo mis baterías a pie hacia el oeste, Rivadavia 5.751 (quince cuadras, 1,5 Km.). El comensal-cliente está en el hipermercado Easy shopping (Caballito). El paisaje de centros comerciales en BAyres tiene una continuidad moderada, se me antoja, es menos denso, proporcionalmente, que el de Caracas. Los centros comerciales se identifican con la palabra inglesa shopping, una sugestiva tipificación de paisajes de la dependencia (El Solar shopping, Alto Palermo shopping, Devoto shopping, Paseo Alcorta shopping, Abasto shopping, Caballito shopping, Martínez shopping, Unicenter shopping, entre otros; llego a contar treinta y un templos del capitalismo). Entrego el sanguchón, la

mujer feliz me comenta, –en realidad este manjar tiene algo especial, un no sé qué mágico–. –Muchas gracias, ¡enhorabuena por su lindo piropo!– Alcanzo a decirle. Logro salir airoso de ese laberinto de pasillos y ventas, llego a la acera de Rivadavia, tan amigable para los viandantes, ancha y concurrida. La Rivadavia es la segunda avenida más extensa del mundo, con una longitud de 35 km; se inicia en la plaza de Mayo, frente a la casa Rosada (en el mero centro de BAyres, allí está el mojón del kilómetro 0) y termina en Ituzaijó, en provincia; una mención del Guinness world records tiene.

Ir hacia el norte es mi próximo objetivo. Debo partir a calle Acevedo 865. Tomo el colectivo Nº 141 en la calle Víctor Martínez con Rivadavia, el bus ladea por su flanco norte al hermoso parque Centenario (a mi vista y geocomparada con Caracas, BAyres es densa en zonas verdes; de acuerdo a la municipalidad de Caba, cuenta con 1,9 m²/hab; sin embargo, la Organización Mundial de Salud (Oms) recomienda un mínimo de 10 m² de espacio verde por habitante. Los barrios con más m²/hab de parques son Almagro, Balvanera, Boedo y San Cristóbal. El bus alcanza Corrientes, me bajo en la intersección con calle Raúl Scalabrini Ruiz. A la octava cuadra en modo caminante, observo el centro médico Fitz Roy en Acevedo 865. Institución de atención para cumplir con la legislación de condiciones y medio ambiente de trabajo. La normativa laboral argentina es una de las más avanzada del mundo; comenzando por las obras sociales. Nadie sabe explicarme por qué se llaman obras sociales y no seguro social, como en el resto de Latinoamérica; intuyo que ha sido el populismo de Perón: –*Aquí está mi obra social*–, me lo imagino discurséándole al pueblo embobado. Eso me hace acordar de un pensamiento de Eduardo Galeano:

Estas tierras nuestras están profundamente enfermas de una dolencia llamada bobería; una especie de peste que se abate sobre América Latina y que ha

hecho más daño que la fiebre amarilla, el cólera, la malaria o cualquiera de esas enfermedades endémicas.

–Tan distinto al Galeano de *Las venas abiertas de América Latina*–, me digo a mí mismo. –Obra escrita a dos manos, en la casa de Héctor Silva Michelena, en Caracas, con la licencia emanada de la embriaguez, después de libar varias botellas de buen ron venezolano–, termino de razonar en voz alta. Pues la comensal-cliente, resulta ser venezolana. – Soy profesional en Administración, y aquí me ve, como obrera de maestranza (limpieza en español venezolano), aventada con mi familia por esa brutalidad y decadencia siniestras a la diáspora venezolana–, me dice. Realizo el encargo, tres arepas de carne mechada, reina pepeada y dominó; tres cachapas con queso blanco y tres golfeados con queso blanco. Le pregunto, –de que localidad de Venezuela eres–, risueña me suelta, –a que no adivinas el estado (provincia en Argentina), es *Macanilla*. Sorprendido no atino dar con el estado. Se ríe a mandíbula batiente: –ija, ja, ja, ja!– Me contagia su risa, y renuncio a la felicidad proporcionada por su compañía y me marchó.

Me dirijo a Acevedo abajo (al sur), continúo por calle Galicia (al cruzar la Warnes cambia de nombre), tomo la Av. Dr. Honorio Puyrredón hasta la calle Arengreen, no lejos, a doscientos metros, diviso un edificio del tipo cubo de vidrios negros de nueve plantas, sede la Universidad Maimónides. La comensal-cliente es una investigadora-docente especialista en bioarte. –Disculpe mi ignorancia, pero ese nombre de la universidad a que responde–, le pregunto con cierta humildad. –Fue instituida por la Fundación Científica Felipe Fiorellino–, me responde; – su nombre está vinculado a un médico y teólogo judío de Al-Andalus del siglo XIII, su pensamiento fue de mucha influencia durante el Medioevo. Con una sensación de sapiencia, salgo de ese recinto y sigo mi curso.

Reanudo el caminar por las calles de BAyres. La próxima entrega es en Rivadavia 6.950. Decido caminar, se me viene un pensamiento que no puedo reprimir, un trozo del famoso poema de Antonio Machado: *...Caminante no hay camino, se hace camino al andar...* Recorro ocho cuadras calle Hidalgo abajo (doce minutos aproximadamente). Estoy plantado en Rivadavia 5.700. Me dirijo al oeste. El comensal-cliente es el párroco de la basílica San José Flores. Le hago el servicio. Me entrego a pensar sobre el paisaje religioso en BAyres. La geografía religiosa de BAyres está dominada por las basílicas, capillas, iglesias, y santuarios, entre otras edificaciones religiosas: Basílica de San Francisco, del Espíritu Santo, del Pilar, Iglesia San Pedro Telmo, del Salvador y otras; y, los santuarios de Nuestra Señora de Lourdes, de Nuestra Señora de Luján, de Jesús Misericordioso, de San Cayetano (santo-patrono del trabajo, tan manoseado por los peronistas), entre otros. A pesar que el paisaje de BAyres se engalana con basílicas, capillas, iglesias y santuarios, la iglesia católica ha perdido prácticamente buena parte de su influencia y feligresía, la geografía social de BAyres está preñada de secularización de la sociedad, proceso debido al peronismo, y, a los incalificables errores de la iglesia católica, como la pederastia y, el avasallante crecimiento de la llamada iglesia evangélica.

Vuelvo a tomar el colectivo Nº 8, me desmonto del bus y busco la dirección calle Founrouge 259 (Linniers); entrego el delivery, el comensal-cliente me dice, -gracias-, alcanzo a decirle -a la orden-. -Es tan linda esa expresión de ustedes los venezolanos-, agrega, y salgo feliz con ese comentario-piropo, en marcha forzada, voy retrasadísimo.

Comienzo a especular como atender los próximos encargos; dos hacia el centro de Caba, dos en villas miserias y los de provincia. -¡Ay!- Exclamo. Los de provincia están hacia todos los confines de BAyres.

Decido comenzar las entregas de provincia por los lados del noroeste, en Morón. Sus habitantes, con autoestima geográfica elevada, le llaman *la capital del noroeste*. Llego a Linniers, nudo comercial del noroeste de Caba, tiene una realidad geográfica jánica, una mitad en Caba y otra porción en provincia, la línea fronteriza separa dos realidades socioespaciales de una sola entidad territorial. Tomo el tren Sarmiento (el único con nombre de civil, el resto de los ferrocarriles, nombres de militares, habla quizás en el fondo, de la vocación argentinista). Me sorprende la cantidad de vendedores ambulantes dentro de la formación férrea (como le llaman en BAYres al ferrocarril); pienso, –aquí puedo rematar una faena de venta ambulante–. Surco los paisajes de Ciudadela, Ramos Mejía, Haedo y llego a Morón. Busco la Universidad de Morón. Ocupa la manzana entre las calles Cabildo (134) y Salta, el edificio más alto de Morón, de once plantas. El comensal-cliente es el director de la Licenciatura en Comercio Internacional, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Le comento, –soy profesor de Geografía Económica en la Escuela de Estudios Internacionales, de la Ucv, de alguna manera, la asignatura que dicto está hermanada con la carrera que usted dirige–. –Sí–. Me responde con un monosílabo. Inquiero, –le puedo entregar mi currículum vitae, para explorar la posibilidad de empleo en esta casa de estudios. –Está bien, pero debe tener el Dni–, me responde. –Sí lo sé, tengo la precaria (documento nacional provisional de identidad)–, alcanzo a decirle–. Me alega, –está bien, déjelo conmigo, haber qué posibilidades hay–. Le extiende las gracias. –*No por favor* (argentinismo, por el venezolanismo, *a la orden*)–

De nuevo en el ferrocarril Sarmiento. Llego a la estación terminal de Once, al lado del parque Miserere. Decido ir a Rivadavia, tomo el colectivo N° 8, me gusta más viajar por superficie, por aquello de la

observación geográfica. ¡Todo un convite paisajístico! Plaza Miserere, Congreso de la Nación Argentina, plaza del Congreso, cine Gaumont, palacio Barolo, en eso estoy, oteando el paisaje y me percató, leyendo la numeración de las edificaciones (otra dialéctica y lógica socioespacial de BAyres, la numeración de edificaciones de las parcelas urbanas, se inician en el norte en sentido norte-sur; y en el este, en sentido este-oeste), me sugieren que se ha llegado a destino. A pocos metros de la estación del bus, está la avenida 9 de julio. Es otro Guinness World Records geográfico, la avenida más ancha del mundo. Busco su intersección con calle Chile, localización de la Universidad Argentina de la Empresa (Uade). La separa un abismo de la Uba, tan ordenada, luminosa, vigorosa, aséptica; le falta cierta atmosfera humana, –yo la impregnaría con un poco del desorden de la Uba, pero no tanto–, pienso. La secretaria del decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales es la comensal-cliente. Escucho sin querer, pero con atención, una conversación entre profesores: –Está saturado el mercado de abogados en BAyres–, plantea uno de los dos profesores que parlotean en la puerta del decanato. –BAyres es la ciudad argentina con más abogados/hab, y argentina ocupa el cuarto lugar en abogados/hab, detrás de Costa Rica, Colombia y Brasil–, argumenta el otro profesor. Pienso: –El abogado es un personaje curioso que se entrena en la universidad para practicar la hermenéutica, se diferencia del hermeneuta vulgar porque obtiene una licencia para resolver peticiones–. Con esa abstracción, salgo del recinto universitario.

Me dirijo embalado a la plaza de mayo, al Museo histórico nacional del cabildo y de la Revolución de Mayo. Un curador del museo es el comensal-cliente. Le argumento, –aquí en la plaza de Mayo estaba la estatua del almirante Cristóbal Colón, ¿cierto?–. Me indica, –Sí, claro, fue inaugurada en 1921–. Y agrega enseguida, –en 2013 la presidente

Cristina Kirchner decide su reemplazo por la estatua de Juana Arzuluy, como una manera cultivar el mito-devoción por los aborígenes americanos buenos y, españoles y capitalismo malos, muy bien retratados en la obra de un venezolano universal, Carlos Rangel, en su libro: *Del buen salvaje al buen revolucionario*-. Le interrumpo y le menciono, -Cristóbal Colón en Venezuela corrió peor suerte, su estatua fue destruida con saña, arrastrada por el paseo Colón, con anuencia del gobierno revolucionario del comandante Chávez-. -Es que Colón es un personaje histórico marcado por la mala suerte-, me apunta. Y añade a renglón seguido, -Isabel la Católica le prometió que todo lo que descubriera sería suyo, terminó sus días encarcelado por orden de la Reina en la isla La Española; el geotopónimo América, en homenaje a Américo Vespucci, primer cartógrafo de las Indias, se impone al de Colombia, el de su descubridor para los europeos-, amplía. Continúa, -dos de las pocas estatuas a cuerpo completo del almirante en el mundo fueron removidas, y, los independentistas, socialistas, anarquistas y comunistas catalanes piden al ayuntamiento de Barcelona el retiro de la escultura de Cristóbal Colón, embellece el final de la rambla al lado del Puerto. ¡Vaya juerga que ha corrido Cristóbal Colón! Como dicen en España-, termina su larga explicación. Con una sensación de insidia, paseo por la acera de la plaza de Mayo. Al traspasar la hermosa Casa Rosada, se aparece en mi visual, la encantadora arquitectura de finales del siglo XIX, el centro cultural Kirchner, histórico edificio de la oficina nacional de correos; semejante nombre-adesio para una de las arquitecturas más sublimes de BAyres.

Villa Retiro es el destino de mi próximo delivery. Está situada a un lado de la autopista, frente a Puerto Madero, el distrito empresarial más moderno de Argentina, un paisaje que evoca la intensa conexión con la dialéctica y lógica socioespacial global, moderada hoy, por doce años de

socialismo del siglo XXI con los K. BAyres ha perdido bastante su condición de ciudad global, solo con observar el disminuido trajín del aeropuerto internacional de Ezeiza basta para comprender el daño que se le ha hecho a BAyres. Esta barriada, Villa Retiro, ubicada prácticamente en el centro histórico, es una verdadera villa miseria, no como muchos lugares en BAyres con el geotopónimo villa, transformados bajo programas de reestructuración urbana o a raíz de cambios de uso urbano por procesos de gentrificación. Villa Retiro, estratégicamente acomodada junto al distrito más adinerado de BAyres, es un doloroso recordatorio de la geografía de las desigualdades en Latinoamérica. Sus calles más próximas a la autopista están asfaltadas, luego, barrio adentro, son de tierras y fango cuando llueve. El comensal-cliente es el padre de una familia paraguaya, inmigrantes, como muchas otras familias de la villa; son entrañables amigos de mi hija-patrón y su esposo, son admiradores de la gastronomía venezolana, en especial, la arepa; piden cuatro, dos de chicharrón con queso amarillo y dos arepitas dulces con anís molido y queso blanco). Me dicen, –nos encanta el sabor de estos condumios–; como trofeo me dan chipa, el equivalente paraguayo de la arepa, harina de yuca amasada con queso blanco rallado, la venden junto a otras mercaderías en tarantín-fachada de su casa, como una manera de justificar su sobrevivencia. Chipa y arepa, síntesis de la geografía gastronómica inmigrante de Argentina. Tomo el microbús de la villa, me deja al borde de la autopista. Ya, de nuevo, en el paisaje urbano de hábitat consolidado, doy un vistazo al itinerario restante, encargos en Barracas, Caba y en provincia.

En el metrobús del bajo tomo el colectivo Nº 46, a Barracas llego. Geotopónimo que rememora el paisaje primigenio de construcciones rudimentarias usadas como depósito de cuero, salazón y esclavos en tiempos coloniales, devino en barrio de paisaje aristocrático, entre el

siglo XVIII y primera mitad del XIX, geografía industrial a partir de 1880 con manufactura agroindustrial de molienda de harina de trigo, saladeros y luego frigoríficos de carne ovina y vacuna y, taller textil lanar. Hoy paisaje de naves fabriles abandonadas, pequeñas industrias y talleres informales, hábitats residenciales consolidados y subintegrados, todo ello en un solo continuo espacial. Justamente, en un paisaje urbano subintegrado es el próximo delivery. Villa Zavaleta, la más extendida y populosa villa miseria, con más de cuarenta y cinco mil habitantes. Me interno en el amasijo de calles y veredas, camino con discreción, mirando de un lado a otro y echando un ojillo hacia atrás; no puedo reprimir un trozo de la canción de Rubén Blades: *...Cuidao en la calle, cuidao en la acera, cuidao donde quiera, que te andan buscando...* Voy con mucho temor, a pesar de estar habituado al paisaje urbano de hábitat subintegrado del sureste de Petare, la barriada popular más grande y extendida de Latinoamérica. Hasta alcanzar en la profundidad de Villa Zavaleta, la calle 8 de diciembre, doy con una construcción precaria en la ribera de Riachuelo, hito fronterizo entre Caba y provincia. Villa Zavaleta tiene fama nacional por sus altos índices de alcoholismo, drogadicción y peligrosidad. Su paisaje entremezcla habitantes de origen argentino provenientes del masivo éxodo campo-ciudad, en las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX, y la no menos masiva inmigración internacional proveniente, primero de los países vecinos Paraguay, Bolivia y Brasil; luego, se incorpora la inmigración de Perú y Ecuador, en las décadas de los setenta y ochenta del siglo XX; y más recientemente, la ola migratoria venida de Venezuela, a partir de 2012. Los comensal-clientes son una familia de peruanos, con Dni como residentes, los padres, integrantes de la primera generación de la diáspora, y los hijos de la segunda, correligionarios de mi hija-patrón de una de las iglesias cristocéntricas más grandes de BAYres; la llamada iglesia evangélica argentina crece

apresuradamente. Me despido, les pido disculpa por el apuro que llevo, les indico, –me faltan los pedidos de provincia que son varios y la venta ambulante–, les reitero. El padre me acompaña hasta la calle Mariano Ferreyra, donde está la parada del colectivo N° 98; atravieso el puente Bosch (recientemente reinaugurado por la municipalidad de Caba) sobre el Riachuelo. Tomo el tren Roca, en su variante plaza Constitución-Bosques, en la estación Avellaneda.

Me bajo en la estación Don Bosco. Ese geotónimo identifica un territorio urbano marcado por la influencia de la congregación salesiana de la iglesia Católica desde 1875. Es una localidad suburbana con paisajes de hábitats consolidados y subintegrados. Su función urbana fundamental, al igual que la mayor parte del BAyres de provincia, es de zona residencial dormitorio. En la calle Bermúdez 267 es la entrega del delivery, una arepita dulce con anís molido y queso blanco y, dos cinnarols saturados de sirop de papelón con canela. Me regreso a la estación de ferrocarriles de Retiro para tomar el ferrocarril general Bartolomé Mitre, y realizar la próxima entrega.

Busco frenéticamente el andén del ferrocarril General Bartolomé Mitre ramal Capilla del Señor. La entrega es en El Talar, en provincia al noreste. Es uno de los pocos geotopónimos con significado, propósito y alcance de nombrar, relacionar y reconocer rasgos geográficos identificados por lugareños, imaginarios geográficos o de personas que le asignan nombre a un paisaje a partir de una condición ambiental que la identifica, como bien queda sintetizado en el nombre del primer asentamiento de BAyres, bautizado como puerto de Nuestra Señora del Buen Ayre. En BAyres dominan los geotopónimos concernientes a nombres de personalidades militares y civiles. Entre los burócratas que deciden ponerle los nombres geográficos en el territorio y mapa de BAyres, lo más seguro, no había geógrafo alguno. Geografizar un territorio (neologismo acuñado por Milton Santos), es tarea de la gente-habitante. Conseguir en BAyres un nombre geografizado de barrio o partido es una tarea harto difícil. Retiro, Boca, Barracas, Costanera Sur, Matanza y Mataderos, son ejemplos de los pocos geotopónimos que reflejan la geohistoria o personalidad del paisaje. Cualquier desprevenido creará que Palermo está asociado al imaginario geográfico de los italianos del sur, principal gentilicio en Argentina luego del criollo, de tanta influencia en BAyres, y no a Juan Palermo, primer propietario de esas tierras; o, que Puerto Madero refleja el tipo de materiales de construcción de los muelles, y no a Eduardo Madero diputado de la Nación y proyectista del puerto de BAyres. Por el contrario, los barrios y partidos reflejan los nombres de héroes civiles y buena parte de ellos militares: demócratas, populistas, corruptos y déspotas, entremezclados en los geotopónimos de BAyres; Barrios Villa Evita (Eva Perón), General Juan Manuel Rosas y Sarmiento son buenos ejemplos de ello. Menos mal que a ningún geoburócrata se le ocurrió nombrar algún accidente o rasgo geográfico, barrio o partido de BAyres con nombres de los asesinos seriales que dirigieron la junta militar para

la reorganización nacional o simplemente conocida como la más reciente dictadura militar (1976–1983). Los geotopónimos deben reflejar la personalidad del paisaje o algún imaginario geográfico, sintetizado en el nombre. *La geografía sí importa*, como dice Doreen Massey.

Solo me resta la venta ambulante. Son cinco sanguchones. El agotamiento que llevo hace infinito su término. Me acuerdo que en el ferrocarril Sarmiento se practica la buhonería dentro de la formación férrea. Llego a Once, antes de entrar a la estación, soy testigo de un arrebato de teléfono celular a una desprevenida mujer. Once es la zona más visitada por malhechores y rateros; el burbujear de gente de un lado y para otro propicia la impunidad, y ésta el delito. Arranca la formación, y comienzo la venta ambulante. –¡Sanguchón, sanguchón, sabroso y barato!– Grito ardorosamente. Antes de llegar a Villa Luro vendo mi primer sanguchón. Prosigo el pregón. Apenas se cierran las puertas, después de anunciar la estación Ciudadela, la primera en provincia, vendo dos sanguchones. Sigo pregonando la mercancía. La formación atraviesa los paisajes de Haedo y Morón; no he vendido más, me quedan dos sanguchones. Se anuncia por megafonía, Ituzaingó; un geotopónimo que rememora el pasado precolombino, voz de la lengua Guaraní, una de las etnias más avanzadas y progresistas antes de la llegada de los españoles, poco estudiada al compararla con Incas, Azteca y Mayas. Han transcurrido cuarenta minutos, y solo se ha vendido tres sanguchones. Restan veinte minutos más hasta Moreno, la estación terminal. Decido continuar, la próxima estación es San Antonio de Padua, el llamado *santo-patrono de todo el mundo*, entre los cuales se tienen a los viajeros. –Me va a dar suerte–; lo digo para darme ánimo. Se vende uno más. La extenuación no me deja tranquilo. Decido probar suerte de regreso. Llego a la estación Once y todavía me queda un sanguchón. Decido ir a casa con la señal de la derrota conmigo.

Busco a pie la Independencia y camino las diez cuadras hasta el hogar. Llego bien entrada la noche, abro la puerta y la felicidad me invade. Veo a mi nieto, sus padres y mi esposa mirando la televisión. Como si tuviese un resorte, se para mi hija-patrón, se pone los puños cerrados en la cintura, y se menea de un lado a otro para preguntarme, –y como te fue en el delivery hoy–. Estuve a punto de explotar y espetarle, una sonora recriminación. Me reprimí, y le expreso un lastimero, –bien mi amor–, y añado, – me ha quedado uno de la venta ambulante. Como por hechizo, quizás por estar viendo mi hija-patrón noticias sobre el revés diplomático de la tiranía de Maduro con el Grupo de Lima, Estados Unidos y Unión Europea, presagio de su caída definitiva, no me hace recriminación alguna. Saludo a mi esposa y familiares, y me dirijo a la habitación, arrastrando los pasos, molido, de tanto ir y venir por la geografía de BAyres.

Adiós BAyres

De aquí en adelante el delivery se hace rutinario. Los recorridos por la geografía de BAyres y los comensal-clientes son similares, se repiten cíclicamente en los cinco delivery, con el añadido de nuevos demandantes en la cartera del emprendimiento. Qué pena que estos recorridos de muchísimas distancias siempre serán parecidos. Los mismos barrios, calles, edificaciones, parques y patrimonios arquitectónicos; rostros semejantes que hablan de idénticas miserias, análogas esperanzas. Sin embargo, no me aburro con la reproducción del paisaje reconocido, soy capaz de disfrutar las sutiles diferencias que ello me depara, logro distinguir los contrastes en el paisaje geográfico visitado recurrentemente. La apariencia del lugar incluye el momento.

Variando el famoso precepto filosófico, nunca visitamos el mismo paisaje geográfico dos veces. El hecho geográfico con su aparente estabilidad, circunscribe al hecho histórico con su insistente variabilidad. Emmanuel Kant plantea, la geografía y la historia son dos caras de la misma moneda.

Las rondas se realizan más rápidamente. La familiarización con las direcciones, la comprensión de las conexiones con el transporte público para el traslado de los condomios son más expeditas. Tengo más tiempo para vagar por los paisajes geográficos, el reconocimiento del territorio, las reflexiones sobre el espacio y la visita a patrimonios arquitectónicos, parques, museos y centros culturales.

Un domingo con mi esposa, hijos, nietos, nuera y yerno fuimos de visita a Tecnópolis en Villa Martelli, calle Zufriategui 4.808, en provincia al noroeste. Es un parque temático sobre ciencia, tecnología, industria y arte de dimensiones colosales. Reconocerlo en su totalidad consume todo el día. Al término de la visita me percaté que se me perdió la cartera, con mis documentos de identidad venezolano y argentino, dinero y otros comprobantes personales. Como venimos de Katanga Bolivarian Petroleum & Bananera Republic, perdón, quise decir Venezuela (mi esposa me ha hecho prometerle que no le siga dando ese nombre a nuestro País, sin embargo, me brota de mis entrañas, sin poder evitarlo) considero la pérdida de la cartera toda una tragedia. Le comento en base a mis experiencias venezolanas, –es terrible, mi amor, ahora para obtener una copia tendré que ir a la oficina de identificación en Caba y, lo más angustiante, al consulado venezolano, que vaina tan seria (vaina es una muletilla idiomática venezolana, su desuso convierte a un nacional de ese tropical territorio, en prácticamente una persona incapaz de comunicarse por lenguaje oral,

se usa en toda suerte de situaciones)–. Me manifiesta mi esposa, – bueno mi amor estamos en BAyres, a lo mejor no es igual que en Venezuela–. Sin embargo, esa expresión consoladora no me hace efecto sedativo, quedo con ansiedad, angustiado. Me vuelve insistentemente la idea de que soy un indocumentado austral. Esa noche tuve que tomarme una pastilla de ansiolítico para conciliar el sueño. Al siguiente día, luego del delivery, empiezo a pasarle revista a todos los sitios donde debo dirigirme a realizar las diligencias del caso. En la tarde recibo una llamada al celular que me deja boquiabierto. Es de la comisaría policial N° 54. Una voz femenina me habla. –Pronuncia mi nombre–; –sí, soy yo–, iba a decirle *el mismo que viste y calza* pero me aguanté, –no es una expresión para la ocasión–, me dije. Insiste la voz de la que imagino es una agente policial, –un ciudadano ha traído a la comisaría N° 54, una cartera con sus documentos de identidad, por favor, a la brevedad posible pase por la comisaría, está ubicada en Villa Devoto, calle José Cubas 4.154. Estupefacto, atónito, pasmado, no logro salir de mi asombro. Logro decirle, –muchas gracias señora agente–, y me responde automáticamente, –no, por favor–. Así que, al día siguiente, luego del delivery me dirijo a Villa Devoto.

De la estación Once busco la forma más expedita de dirigirme a Villa Devoto. Tomo la línea H, una sola estación, Pueyredón. Realizo la transferencia con la línea B, en la sexta estación, Lacroze, desabordo y me dirijo a superficie. Examinando el paisaje en torno a la estación Lacroze para orientarme, observo la fachada del cementerio de la Chacarita, ubicado en el barrio homónimo, una de las necrópolis más grandes del mundo. Es un patrimonio arquitectónico construido a partir de 1871, con ampliaciones sucesivas en distintos años, hasta la más reciente, en 2016, un escándalo por el espectáculo de destrucción del patrimonio de BAyres. Allí están inhumados famosos artistas (Carlos

Gardel), escritores (José Ingeniero), deportistas (Alfredo Prada), políticos (general Juan Perón) y déspotas (general Leopoldo Galtieri). Alcanzo la estación Lacroze del ferrocarril General Urquiza, y me bajo en la estación Antonio Devoto. Camino cinco cuadras hasta la comisaría policial N° 54. Retiro la cartera con mis documentos, sin revisar si tenía el dinero, es lo de menos. Agradezco el gesto y me retiro. Decidí revisar el paisaje de Villa Devoto. Me han recomendado visitar el barrio. Urbanizado a partir de 1913, además de su casco histórico, destacan los jardines y parques, lo han dado a conocer como el *jardín de BAYres*. Sus mansiones, al mejor estilo inglés de la primera parte del siglo XX le asignan una personalidad a este paisaje, sumerge al observador en una sensación encantadora. El barrio es conocido también por poseer un record geográfico, el punto más elevado de la ciudad, ubicado en la intersección de las avenidas Francisco Beiró y Chivilcoy, a una altitud de veintisiete metros sobre el nivel del mar. Ello es un indicador de la vulnerabilidad de gran parte del territorio de BAYres al ascenso del nivel de las aguas oceánicas y marinas como secuela del calentamiento global.

–Hay un pedido especial que puede significar el lanzamiento comercial del emprendimiento–, me dice mi hija-patrón. Continúa, –en la Dirección General de Habilitación de Conductores y Transportes, en su sede de Villa Soldati hay una reunión a la cual tenemos que atenderla con un despacho de treintaisiete sanguchones–. En tono de advertencia que no se lo había notado antes, me dice, –tienes que poner todo tu empeño para que el cliente quede a satisfacción–. Sentí un frío en el abdomen. No solo por esta responsabilidad mayúscula, primera entrega de gran magnitud, sino también por el lugar del delivery, Villa Soldati. Un barrio de fama antológica. En días anteriores, he leído en el diario La Nación un artículo titulado *La tasa de homicidios en Villa Soldati quintuplica*

al promedio de BAyres. Los amigos peruanos del bar que frecuento algunas tardes me recomiendan trasladarme en el premetro, ya que en las estaciones previas a los paisajes de hábitats subintegrados, lo abordan agentes policiales, por la inseguridad que se ha desatado en sus instalaciones. –El premetro es una línea de tranvía que surca la geografía del suroeste de BAyres como parte del sistema del subterráneo metropolitano–, me dice uno de los contertulios peruanos. Abordo el premetro en la estación de transferencia Intendente Saguié en Flores. Detallo el plano de la ruta y cuento trece estaciones hasta la de mi destino, la del General Savio. Al traspasar la estación Nuestra Señora de Fátima me percato por conversaciones de pasajeros que se inicia el trayecto por Villa Soldati. Me ha informado uno de los contertulios peruanos, conocedor de la historia del urbanismo de BAyres que, –la concepción original del urbanismo corresponde a iniciativa privada, en sintonía con el pensamiento liberal reinante durante el primer tercio del siglo XX–. Agrega, –luego la idea estatista del progreso toma control del plan urbano y lo orienta hacia la llamada vivienda de interés social. El estatismo como idea rectora de los destinos de la sociedad es seductora, con sus premisa-ilusiones de inclusión social–. Con ese arsenal conceptual comencé a describir mentalmente, a medida que surcaba las trece estaciones hasta la estación de destino, los resultados de mi observación del paisaje: –Cohabitan en Villa Soldati paisajes de hábitats consolidado y subintegrado, a pesar que los conjuntos residenciales tienen aspecto formales por el tipo de materiales de construcción. Sin embargo, al afinar la obturación de la lente de observación geográfica se presenta ante la vista del viandante un deterioro paisajístico manifiesto. Villa Soldati es la síntesis del abandono y desidia en el espacio urbano. La idea de soluciones habitacionales masivas de interés social, reinante en Latinoamérica a partir de la década de 1950, ha quedado trunca en Villa Soldati. Los llamados complejos habitacionales de interés social se encuentran en diversos matices de ruina, e incluso

algunos inconclusos, muchos de ellos abandonados a su suerte han sido invadidos por familias carenciadas estructuradas, desestructuradas, en situación de calle, menesterosos y piqueteros (personas que cobran para rellenar marchas; oficio muy difundido en BAyres por las frecuentes protestas o manifestaciones de apoyo). Villa Soldati es un laboratorio social donde es posible distinguir la mezcla de manera heterogénea de la buena intención en la ejecución de políticas socioespaciales dirigistas y la inefable corrupción que siempre la acompaña, formándose geografías desarticuladas y fragmentadas, a pesar de la continuidad física-. Interrumpo estas cavilaciones cuando anuncian por la megafonía que se ha llegado a la estación General Savio. Al salir del andén de la estación pregunto por la Dirección General de Habilitación y Transportes. Me señalan que queda hacia el este. Me percato inmediatamente, que he preguntado por necesidad, porque tengo la dirección, avenida Coronel Roca 5.252, y estoy a la altura de 5.600, y la orientación geográfica en BAyres con su numeración ascendente-descendente es bien amigable. En sus instalaciones, busco la Dirección de Licencias, realizo la entrega en la sala de reuniones, doy el agradecimiento del caso y me retiro. De nuevo en la coronel Roca desando lo andado. En la estación General Savio, decido caminar de regreso hacia otras estaciones para examinar el paisaje a pie. Observo que junto a esa geografía de la pobreza, hay cantidades de vecinos conversando, riéndose algunos (las mujeres seguramente hablando de su cotidianidad y los hombres, con cerveza en mano, probablemente de fútbol y hembras) y niños arremolinados jugando. El típico paisaje de pobreza de barrios de Latinoamérica. No puedo evitar una cita del narrador de la novela *Un ángel impuro* de Henning Mankell al referirse a esos tipos de paisajes:

...Pero al cabo de varios días, notó algo más durante sus visitas a los barrios negros. Descubrió que, entre las personas más pobres, reinaba una alegría inesperada por la vida. Aprovechaban cualquier motivo de regocijo. Aquella gente se ayudaba, pese que apenas tenían nada que compartir...

Que distintos a los paisajes estériles de los barrios de familias pudientes y acomodadas de lugares como Nordelta, Martínez, Munro, San Isidro, Pilar y otros, con sus calles tan desoladas, ajenas a conversaciones entre vecinos en sus aceras y chiquillos entretenidos jugando. En la estación Escalada termino mi revisión geográfica y abordo el premetro en dirección a la estación Intendente Saguier.

A medida que el recorrido por aceras y calles de BAyres se hace más rutinario integra mi geografía personal de la cotidianidad, me queda tiempo para otras cosas. Como aquel día. Un viernes. Después vislumbro que cometí el error de dejar dicho en el hogar que iba a estar en el bar de los peruanos. Está a cuadra y media del hogar rioplatense, antes de entrar me viene a la memoria una poesía de autor anónimo:

El bar es el santuario de los dioses del paganismo, pues es el ambiente de las secretas confesiones, de las voces entrecruzadas, del aturdimiento y sobre todo, el albergue de todos los deseos.

Entro y me incorporo a la peña (manera de denominar en BAyres a contertulios de un bar que se reúnen frecuentemente). Adquirí el derecho de membrecía a la peña de los peruanos; integrada por personas de ese gentilicio de los más variados niveles culturales (desde universitario hasta analfabeta funcional). Son cultores de la buena conversación, la cerveza y música. Los gustos musicales van a partes iguales entre el vals peruano, bolero y tango. En el momento de mi entrada tocan y cantan el vals peruano *La flor de la Canela*, letra de

María Dolores Pradera e inmortalizada por Chabuca Granda. Mi hijapatrón llega al hogar. Mi hijo menor, que comparte la vivienda con nosotros, le informa, –Papá se fue al bar de los peruanos hace más de una hora–; hace algunos oficios, y afirma categórica, –voy a buscarlo, porque nos han invitado para mañana a la reserva ecológica Costanera Sur, y hay que hacer algunas compras–. Durante la ingesta de las cuatro primeras cervezas (son de botellas de un litro) desde mi llegada al bar, la conversación gira en torno a la inmigración en BAYres. Plantea un tertuliano, –de los alrededor de tres millones de inmigrantes en el siglo XIX, la mitad son italianos (napolitanos, sicilianos y sardos), le siguen españoles (especialmente catalanes y gallegos), franceses (corsos), portugueses, y otros europeos occidentales y orientales; chinos y otras nacionalidades asiáticas llegan con el fin de la Segunda Guerra Mundial y la irrupción del comunismo en la década de 1950; y, más recientemente, latinoamericanos–. Le interrumpe otro tertuliano, –y los judíos que han dejado su huella en todos los ámbitos, hasta se dice que el tango deriva (junto a sus fuentes de ritmo indígena, candombe africano y habanera) de los vals judío-polacos, con sus cadencias de tristeza diaspórica–. Un tercer tertuliano interrumpe el discurso y agrega, –la nostalgia por las geografías dejadas, la pérdida de raíces asociada a la emigración en la segunda parte del siglo XIX, la pobreza, la prostitución y delincuencia darán paso a un lenguaje, el lunfardo, indisociable éste al tango; *Melodía de arrabal* es el nombre de un famoso tango de Alfredo Le Pera–. Con la quinta cerveza me animo a participar en el circunloquio y lanzo mi espiche, –claro–, digo a continuación, –con la inmigración europea también nacen las pretensiones europeístas, con la cual, por su volumen e impacto, se conocerá al argentino en Latinoamérica hasta la primera parte del siglo XX–. Y agrego enseguida, –con la llegada de oleadas de las típicas dictaduras militares de Latinoamérica, que identifican a sus países como

repúblicas bananeras y, en especial, con el golpe de estado en Argentina perpetrado por la junta militar para la reorganización nacional (generales Videla, Masera, Galtieri y otros) entre 1976 y 1986; y sus más de cinco mil desaparecidos, junto a la derrota en la guerra de las islas Malvinas, hacen que se difumine el mito europeísta entre los propios argentinos, y, ante los latinoamericanos; esos aires e ínfulas europeístas se van por el caño-. -Usted me va a perdonar mi estimado-, interviene otro tertuliano, ya con la voz gangosa, nos refiere, -*bebo para que la gente sea más interesante*-. Y agrega, -así está escrito en un grafiti en algún muro de la Lima de los años setenta del siglo XX; los grafitis de esa época si eran grafitis, tenían contenidos filosóficos, hacen pensar; no como los grafitis de ahora, pura basura, cuyas temáticas se enmarcan dentro de la bobería y cursilería-. Comienzan otros acordes de guitarra y a cantar la letra del bolero *La media* vuelta de José Alfredo Jiménez. No me imaginaba lo que estaba por desencadenarse. En eso mi hija-patrón hace su entrada en el bar. Se me nubla la mente, ya estoy ajeno a lo que se conversa. Se coloca enfrente de la mesa, y con su pose característica para recriminar, los puños cerrados, puestos en la cintura, y balanceándose a diestra a siniestra, me mira y grita, -tienes algo que hacer en casa (me hizo acordar de una escena de un programa humorístico de la Venezuela de antes de la dictadura, donde su personaje principal, Palomino Vergara, macho en el bar con sus compañeros, sucumbe ante el emplazamiento de su mujer en público, una ridiculización del machismo). No se me ocurre otra cosa que decirle a mis contertulios, -esa es mi niña traviesa, *mi peor es nada*-. Y a continuación suelto, -es mi hija, y me la tengo que bancar (argentinismo por soportar)-. Por lo menos sirvió para que los contertulios se solidarizaran y me exoneraran de pagar lo consumido. Me levanto, despido y salgo con mi hija-patrón del bar. Justamente en ese momento se oye el trozo del bolero de José

Alfredo Jiménez—...entonces yo daré la media vuelta y me iré con el sol cuando caiga la tarde...—.

El día siguiente, es sábado. En el balcón contemplando el alba, que es tan hermoso en esa tierra austral, me atropella un pensamiento con la poesía de Vinicius de Moraes, *Porque hoy es sábado*:

...Hay un divorcio, una violación,
 porque hoy es sábado...
 Hay un renovarse de esperanzas,
 porque hoy es sábado.
 Hay una profunda discordancia,
 porque hoy es sábado...
 Hay niños que pasan hambre,
 porque hoy es sábado.
 Hay un mitin de políticos,
 porque hoy es sábado.
 Hay un gran aumento de la sífilis,
 porque hoy es sábado...
 Hay un novio loco de celos,
 porque hoy es sábado...

Yo agregaría, hay una resaca colosal, porque hoy es sábado. Mi hijapatrón ya está faenando en la cocina. —Quieres café—, dice. Me ofrece una taza. Inmediatamente me dirijo de nuevo al balcón, único sitio para fumadores. —*Fumando espero...*—, efímero tarareo de ese tango cuya letra es de Felix Garzo y popularizado por Carlos Gardel. Permanezco un rato más en el balcón. No sé si porque es sábado, escucho, como impulsados por un mecanismo de relojería, a las seis y media de la madrugada, trinares muy característicos en Caracas, el del Cristofué. Es uno de los gorjeos de pájaros que considero más sublimes. Para mi gusto es uno de mis favoritos. No sabía que la biogeografía del Cristofué incluía estas tierras australes, todo un hallazgo. Realizamos el ritual del desayuno, con la infaltable arepa, el condumio más característico de la venezolanidad. Estamos reunidos todos los que vivimos en Pichincha, junto a mi otro hijo y su familia que viven en Morón. Nos aprestamos a

dirigirnos toda la familia, a la reserva ecológica Costanera Sur, para una acampada. La publicidad de la alcaldía de BAyres dice que este espacio verde, *reúne la mayor cantidad de biodiversidad dentro de BAyres y se extiende a lo largo de 350 hectáreas*. Tomamos el colectivo Nº 103. Nuestra locación será en la ribera del río de La Plata. Es inabarcable la otra ribera en el horizonte, como el río Orinoco. Una vez instalados, diviso a lo lejos, a mis amigos biólogos venezolanos. Me dirijo hacia ellos. Después de los saludos, casi de inmediato comenzamos una conversación sobre la biodiversidad de BAyres. Inicio la plática sobre la avifauna urbana, –BAyres tiene lo suyo en cuanto a biodiversidad– planteo. Me responde el amigo biólogo, –la presencia ostensible de las palomas (*Columba livia*) caracteriza este ambiente urbano–. Le interrumpo, –es lo más parecido a una plaga en algunos casos–. –Es una visión muy antropocéntrica–, responde ella, la bióloga. Me ofrecen un chupito de ron venezolano, aroma y sabor muy entrañables. Inmediatamente le comento mi experiencia matutina con el Cristofué. Con emoción me responde ella, –el Cristofué (*Pitangus sulphuratus*), es un pájaro nativo de América, su biogeografía incluye todo el continente, desde el sur de Usa hasta Argentina–. Le interrumpo y menciono, –igual sucede con el jabillo, ampliamente distribuido en BAyres–. –Pensaba que era un árbol ecuatorial–, agrego de seguidas. –Pues no, es nativo de las regiones intertropicales americanas, tanto del norte, centro, Caribe y sur, hasta en Argentina, claro está–, me responde ella. –Toda comparación es chocante–, alcanzo a decirles. Le añado, –esta biodiversidad urbana de BAyres es enana comparada con la de Caracas–. Agrego, –¡qué ciudad tan biodiversa es Caracas!–. Me interrumpe él y me dice, –no es que sea chocante es que son distintos biomas–. –Si es cierto, Caracas es una ciudad muy biodiversa, incluso al compararla con ciudades localizadas en la misma zona biogeográfica, completa lo dicho.– Comienza de esta manera una retahíla, –además del Cristofué,

en Caracas se ven torditos (*Quiscalus lugubris*), tortolitas (*Columbina talpacoti*), azulejos (*Passerina cyanea*), gonzalitos (*Icterus nigrogularis*), pericos (*Melopsittacus* spp.) gavilanes (*Accipiter nisus*), zamuros (*Cathartidae* spp.) guacharacas (*Ortalis* spp.) y el emblemático símbolo de la biodiversidad de Caracas, el guacamayo (*Ara* spp.), con sus tres distintos tonos tricolores-. Amplía la enumeración, -junto a réptiles, quelonios, anfibios, mamíferos y alimañas, todos ellos identifican a Caracas como una urbe con megabiodiversidad, solo comparable con algunas ciudades del sudeste asiático-. En eso veo a mi hija-patrón, de pie y haciendo gestos con los brazos para que me dirija al sitio de nuestra acampada. Abandono de inmediato esa exquisita conversación, con el fin de evitar un nuevo espectáculo con mi hija-patrón. Ella sentencia, -este es nuestro último sábado en familia, no la vas a pasar con otros, quien sabe cuando la brutalidad y decadencia siniestras de Katanga Bolivarian Petroleum & Bananera Republic, como tú mismo dices, permitirá que nos congreguemos de nuevo como familia-. -Si mi amor-, le respondo.

En esa última semana, me dedico con mi esposa a despedirnos de los amigos del alma y de los paisajes de BAyres, que se convertirán con nuestra partida en una geografía personal entrañable.

En los últimos minutos, ya con las maletas en el ascensor, al despedirme de mi hija-patrón le espeto, citando el famoso tango cuya letra es de Caledonio Flores, inmortalizado por Carlos Gardel, *Mano a mano*:

Nada te debo,
nada debo agradecerte,
mano a mano hemos quedado;
no me importa lo que has hecho,

lo que hacés, ni lo que harás.

Los favores recibidos
creo habértelos pagado
y si alguna deuda chica
sin querer se me ha olvidado,
en la cuenta del otario
que tenés se la cargás.

–Mi hija, hijos, nietos, nuera y yerno les amo–, logré decirles con la voz quebrada. Y articulo, a renglón seguido, una bendición: –Que Nuestro Señor Jesucristo les ampare, bendiga favorezca y fortalezca en su nueva vida diaspórica en BAYres–. Cuarta vez durante mi estadía de siete meses que la llamo hija, sin el mote de patrón. Antes de cerrarse las puertas del ascensor, logro exclamar, –hasta pronto–. Repito esa famosa frase, –*más temprano que tarde*, nos volveremos a ver–. –Tengo la certidumbre que tornaremos a vernos en Venezuela. La larga noche de brutalidad y decadencia siniestras, con el permiso de mi esposa, Katanga Bolivarian Petroleum & Bananera Republic, está por terminarse y un nuevo amanecer democrático despunta en esa Tierra de Gracia, como la bautizó Cristóbal Colón–, alcanzo a decirles.

Decidimos no usar taxi alguno. Nos dirigimos a la Rivadavia. Como despedida, está cortada con una manifestación, esos disturbios son parte del paisaje de BAYres, en esta oportunidad se protesta en contra del enjuiciamiento a Cristina Kirchner y demás personeros de los K, no son muchos los manifestantes, predominan los llamados piqueteros (manifestantes a sueldo). Desandamos tres cuadras. Tomamos el colectivo Nº 8, en la calle Moreno. En sus dos horas de recorrido, hacia el aeropuerto internacional de Ezeiza, nos embriagamos, por última vez,

en esta estadía, de la geografía de BAyres. Adiós, *mi Buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver, no habrá más penas ni olvido.*